
3 1761 08695633 1


UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

SR. D. MARIANO CATALINA

EL DIA 20 DE FEBRERO DE 1881

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1881

DISCURSO

DEL

SR. D. MARIANO CATALINA

Señores académicos:

Deuda de gratitud, nunca bien pagada, contrae quien alcanza el honor de llamarse vuestro compañero. Todos un día, con generoso alarde, esforzasteis la palabra para demostrar el profundo reconocimiento del corazón: ninguno, que yo sepa, cumplió á satisfacción propia este gratísimo deber; antes bien creo que cada cual salió de aquí triste y pesaroso, por no haber acertado á expresar clara y vigorosamente lo que sentía. Verdad es que la gratitud, como planta rara y preciosa, cuando arraiga en buena tierra, no se satisface con arrojar inútil hojarasca, ni se cansa de producir regaladas flores y sazonados frutos.

Modestia natural y verdadera, siempre ignorada de quien la atesora, os acompañó á este recinto, y con ser ella tan grande, no bastó á ocultar vuestros méritos. Quién vino aquí cargado de laureles, briosamente ganados en el campo donde se representan los actos humanos y se da vida y voz á los grandes personajes que ya no existen, y se contraponen y revuelven las pasiones del alma, y se lucha frente á frente y brazo á brazo con todos y cada uno de los espectadores; quién trajo el abundantísimo y fecundo caudal recogido con penas y vigilias en las recónditas fuentes de la palabra, aumentado con el estudio de idiomas casi desconocidos

y propio, más que otro ninguno, para limpiar, fijar y dar esplendor á la lengua patria: unos, pulsando la lira de Píndaro y Tirteo, arrebatasteis en entusiasmo á los encantados oyentes; otros con la elocuencia de Demóstenes y Cicerón, penetrasteis en el revuelto palenque de la política, conquistando allí alto renombre con las armas poderosas del bien decir: cuál, amoroso cultivador del derecho, trajo los timbres que conquistó en el foro; cuál, investigador sutil de la esencia de las cosas, alcanzó en los estados sin límites de la filosofía, corona merecida: todos vinisteis aquí con méritos propios y verdaderos; tan propios como vuestra modestia al desconocerlos, tan verdaderos como los servicios que aquí estáis prestando.

Fuera impertinente, Señores Académicos, que yo intentara demostrar mi falta de títulos literarios para ingresar en esta ilustre Corporación: sé que no los tengo, y verdades tan claras no hay para qué demostrarlas. Pero asegurar que sin motivo alguno me habéis elegido, sería ofenderos; y esto, áun á riesgo de parecer inmodesto, no he de hacerlo yo. Quizá, animados por el generoso deseo de favorecerme, hayáis supuesto en mí cualidades y aptitudes de que carezco: no es imposible que, sin tener en cuenta mis fuerzas, y pensando sólo en mis propósitos, me hayáis creído capaz de contribuir y áun de ser útil para alguno de los provechosos trabajos en que la Academia se emplea: yo no hallo nada digno de vosotros, ni en mi humilde inteligencia, ni en el escaso caudal de mis conocimientos; pero seguro estoy de que por algo me habéis elegido, y de que alguna esperanza fundasteis al acordaros de mí: ignoro cuál; pero en todo caso, mi deseo es no desvanecerla; sobrepujarla, mi deber.

Si por merecimientos de amor á la literatura patria y de admiración y respeto á los que con provecho la cultivan, se otorgaran las sillas de esta Academia, yo tendría la mía al lado de la primera: si el vivísimo empeño de consagrar la existencia entera al mayor lustre de las letras españolas, fuera mérito bastante para formar parte de la Corporación que las representa, tampoco me creería fuera de lugar en su recinto; pero ni áun este amor y este empeño puedo atribuirme como cualidades propias: recibílas en mis primeros años de aquel que, apenas traspasó los límites de la edad de la razón, ya era vuestro compañero; de aquella precocísima inteligencia que, sin haber llegado á su madurez, pasó por los puestos más elevados de la ciencia, de las letras y de la política; de aquel laborioso y malogrado escritor que, á poco más de siete lustros de existencia, bajó al sepulcro, dejando nombre más que estimable entre los literatos, recuerdo cariñoso en sus amigos y una silla vacía en la Academia. Con su nombre, si no su inteligencia y su saber, legóme el cariño que os profesó, la gratitud que os debía y el noble afán de ser vuestro compañero. Desde la niñez guió mis pasos en la tierra: con la palabra, y más aún con el ejemplo, me inspiró amor al trabajo y afición al cultivo de las letras: la veneración que por esta casa tuvo toda su vida, hízola necesidad de la mía: á sus consejos debo lo poco que sé: mientras vivió me colmó de beneficios; y con ser ellos tantos, áun me trasmitió al morir el más valioso de los que él había disfrutado: el de vuestra amistad y vuestro afecto. Su sombra bienhechora no me ha abandonado jamás; y perdonadme, Señores Académicos, si creo firmemente que á ella más que á nada debo el honor de encontrarme entre vosotros. Este recuerdo tributado en

el momento más solemne de mi vida al Académico que me sirvió de padre, tal vez no sea oportuno, pero satisface una necesidad de mi alma, y viene á pagar en parte una deuda sagrada de gratitud.

Tampoco puedo eximirme de recordar á otro insigne Académico que por espacio de más de treinta años contribuyó con su saber y laboriosidad á las tareas de esta Corporación. Aptitudes múltiples, laboriosidad incansable, firmeza en los propósitos, facilidad para aprender y amable generosidad para emplear ciencia y trabajo en beneficio de sus semejantes: tales eran las cualidades del Sr. D. Alejandro Oliván. Si recorremos su dilatada existencia, nos causará asombro ver que con la misma facilidad y discreción trataba de las más arduas materias políticas y administrativas, que escribía manuales y cartillas para enseñanza de la juventud: que así componía versos en griego y patentizaba en esta casa sus conocimientos filológicos, como emprendía y consumaba trabajos imposibles sin profundo estudio de las ciencias naturales. Honra de la Academia el escritor, gloria de la patria el repúblico, modelo de honradez y afabilidad el hombre, dejó con su muerte un vacío en las letras, en la administración y en la sociedad que difícilmente podrá llenarse. Tengan otros la gloria de reemplazarle donde sea posible, que á quien ha de ocupar aquí su asiento, no le es dado más que rendir tributo de admiración y respeto á su memoria.

Si ejercen influencia saludable ó perniciosa en la moralidad de los pueblos las representaciones teatrales, cuestión ha sido harto discutida en todos tiempos, sin que jamás hayan llegado á ponerse de acuerdo adversarios y defensores; cosa no rara ciertamente, pues apenas habrá materia de grande interés para la huma-

nidad en que no haya sucedido lo mismo: la inteligencia humana es limitada y los principios de todas las cosas tienen raíz y asiento más allá de las fronteras de la razón. Hay, pues, en pro y en contra del teatro, como escuela de costumbres, respetables autoridades; pero todas coinciden en afirmar la poderosísima influencia que por su esencia y por su forma debe ejercer.

Nacido al amparo de la religión, fué siempre elemento eficacísimo de progreso; y en ninguna época hubo señal más segura del grado de ilustración de los pueblos, que el desarrollo y perfeccionamiento de su teatro. La Iglesia Católica, maestra legítima de toda buena enseñanza, propagadora incansable de toda verdad, misionera fervorosa de la civilización, caudillo invencible contra el error y la barbarie; la Iglesia Católica acogió con benevolencia al teatro, y en muchas ocasiones le protegió y alentó generosamente: en otras le condenó con sobrada razón y ejemplar energía: nunca dejó de reconocer su importancia ni el grande influjo que había de ejercer en la vida de las naciones. En las literaturas antiguas estuvo colocada la poesía dramática al lado de la épica: ignoro si las literaturas modernas darán al teatro el lugar preeminente en la poesía; pero es indudable que lo ocupa, según el espíritu y las costumbres de nuestra sociedad.

Las causas de esta predilección con que los pueblos modernos miran las representaciones teatrales, y en general la literatura dramática, entiendo que residen en la índole misma de nuestro siglo, en la precocidad prodigiosa de las ideas, en la actividad desordenada de los espíritus, en las aspiraciones insanas de las inteligencias, en el enfriamiento de los corazones, en lo enfermizo de las conciencias, en la espantosa confusión

de doctrinas y de procedimientos, en las antítesis sociales que vaticinan una crisis universal. Como en todos tiempos, y tal vez más que en otros no tan agitados, hay en éste en que vivimos verdaderos amantes de la ciencia que se consagran con incansable ardor á estudiarla y depurarla hasta donde á la humana inteligencia le es lícito, y por ellos disfrutamos de ventajas que nuestros antepasados no pudieron gozar; pero en este tiempo, más que otro ninguno curioso y antojadizo, hay una incontinencia de saberlo todo, un vértigo en las diversas clases sociales por discutirlo todo y aprender de prisa, lo que estudiado despacio y con calma no siempre se llega á saber, que si no engendran el caos y la barbarie, propagan la anarquía moral é intelectual. La prensa periódica, elemento poderosísimo para ilustrar al pueblo, ha querido, con laudable propósito seguramente, enseñarle más y con mayor urgencia de lo que fuera razonable, contribuyendo así á propagar, en este fecundísimo siglo, la más bárbara de las ignorancias, que es la de saber, no poco, sino mal.

Arrastrado el vulgo por estas vías de progreso, ha pretendido enseñanza en todo; y el teatro, viva representación de actos humanos, y en relación directa con los sentidos y con los sentimientos de la muchedumbre, ha venido á tomar parte en la satisfacción de ese deseo público, convirtiéndose en cátedra de moral, ó de otras cosas. Para mover el alma del espectador y elevarla, por la admiración y el entusiasmo, á las más altas regiones de la moral, no basta ya pintar en el poema dramático vicios y defectos sociales de una época determinada, y censurarlos y corregirlos por medio de acción sencilla y verdadera; no basta presentar grandes pasiones y tremendas luchas del corazón humano, ni siquie-

ra hechos heróicos y sublimes de los personajes que ilustran la historia: no; este era círculo estrecho y mezquino para las aspiraciones docentes de nuestro siglo. Preciso ha sido ensancharlo, y llevar al teatro problemas sociales no resueltos en muchos volúmenes por filósofos y legisladores, fenómenos psicológicos que constituyen verdaderas excepciones en la naturaleza humana, y extravíos morales que preocupan la inteligencia y afligen el espíritu. Las más repugnantes enfermedades y los más abominables misterios del alma, se sacan hoy á la escena; y ¿quién sabe si, andando el tiempo, se explicarán tambien en ella los de la naturaleza física, y podremos aprender en el teatro matemáticas y medicina, y astronomía y ciencia prehistórica, y hasta economía política?

Se equivocan sin duda, los que sostienen que todo puede exponerse y explicarse en la escena; y me aventuro á asegurar que están completamente en error los pocos que afirman que la literatura dramática es indiferente y estéril para el bien y para el mal. Representando las obras dramáticas escenas de la vida humana, con la verdad que el decoro y la moral consienten, no pueden por ménos de impresionar y servir de ejemplo al auditorio; el cual, no sólo discierne la enseñanza que la fábula en sí contiene, sino que, al recogerla con los sentidos, recibe la impresión de un hecho real: es, pues, evidente que la doctrina buena ó mala de la obra ha de ejercer influencia en el espectador. El asunto, el plan de la acción dramática y los caracteres de los personajes, constituyen la base de la moral del drama; pero la forma, el diálogo, las máximas y sentencias que en las situaciones se engendran, hieren á veces con más fuerza el espíritu del espectador que la acción misma de la

obra. Sirvan de ejemplo estas dos redondillas de uno de nuestros más ilustres poetas, puestas en boca de un personaje que, al increpar á su amigo porque ha perseguido á una mujer casada, le dice:

Mendigo de amor has sido
persiguiendo á una mujer
casada, que eso es querer
desperdicios del marido.
El que tiene tal empeño,
tras de vivir con zozobra,
sólo alcanza, lo que sobra
al apetito del dueño. (1)

El pensamiento que encierran estos ocho versos ha sido expuesto y desarrollado en muchas obras dramáticas: pocas conozco de donde se deduzca lo ridículo del vicio que se quiere corregir con tanta claridad y concisión.

Tenga el autor dramático principios sanos y seguros, nútrase de buena doctrina, persevere en el laudable empeño de censurar el vicio y aplaudir la virtud, siempre que fuere oportuno, y no haya miedo de que sus obras dejen de influir benéficamente, por más que al escribirlas no se haya propuesto desarrollar y resolver problemas filosófico-sociales, que muchas veces acaban por fatigar confundiendo, en vez de instruir deleitando. Sin más propósito que entretener honestamente, se han escrito casi todas las comedias de nuestro teatro antiguo, y con ser tan modesto su fin, si no tuvieran otras incomparables cualidades acreedoras á la universal admiración, les bastaría con tener un código moral aplicable á todos los tiempos y á todas las sociedades, para gozar como bien conquistado el puesto preeminente que ocupan.

En comprobación de que sin necesidad de pensamiento social concebido *á priori,* se puede moralizar en el teatro al desarrollar con arte cualquier fábula honesta y entretenida, tengo en mi abono casi todas las obras de nuestros poetas dramáticos del siglo XVII: á uno solo llamaré en mi ayuda, pero es tal, que ni vosotros le habéis de rechazar, ni yo podía elegir otro mayor para encubrir mi imponderable pequeñez.

Don Pedro Calderón de la Barca me acompaña: en sus obras he buscado tema para mi discurso: ellas me ofrecen abundantísimo y bien sazonado fruto. Con tal compañía y con tan buenos materiales espero cautivar vuestra atención breves minutos; pues aunque el trabajo sea infeliz, como mío, la materia es como suya, y ni áun mi torpeza ha de poder quitar sus encantos á pensamientos engendrados en la mente del gran Calderón.

De sus peregrinas concepciones dramáticas, estudiando su teatro desde elevadísimas regiones y á grandes rasgos, disertó ya en este mismo recinto un insigne poeta, cuya reciente pérdida lloran las letras españolas: otro docto y laborioso Académico trató aquí también con rara brillantez y profunda crítica de los Autos Sacramentales del Príncipe de nuestros dramáticos: ambos cumplieron á maravilla el fin importantísimo que se habían propuesto, dejando á otros la humilde tarea de estudiar en sus pormenores las obras del maravilloso ingenio y sacar la enseñanza moral que en todas ellas resplandece.

¿Cómo se llama
una dulce pesadumbre
que á un tiempo hiela y abrasa
todo el corazón, corriendo
desde los ojos al alma?.... [2]

La pesadumbre

Que en brazos del desdén nace,
crece en poder del deseo,
vive en casa del favor
y muere en la de los celos (3)

se llama amor, y es la fibra más viva del corazón humano, el sentimiento más natural del alma, el móvil de casi todos los actos del hombre, la esencia del arte dramático, y no aventuro mucho si digo que es el germen de la mayor parte de las obras de amena literatura. Separad en vuestra imaginación todas aquellas á que directa ó indirectamente da vida el amor, y veréis qué pocas de las restantes merecen aplauso.

Calderón, como todos los poetas dramáticos, rindió en sus obras culto devotísimo al amor; pero este autor más que ningún otro se hizo digno de eterna alabanza, por la exquisita delicadeza que puso en el alma de sus enamorados, por la pureza con que los hizo sentir y expresar este don divino, por el profundo conocimiento con que lo definió en sus diversas manifestaciones, por la austeridad y respeto con que lo presentó en el santuario del matrimonio. Alguien quizá haya simbolizado el amor en un personaje excepcional, con caracteres más grandiosos, pero nadie logró nunca pintarle con mayor verdad ni con sentido moral más sano que Calderón. Sembradas de máximas y reflexiones sobre el amor, tal como existe en el corazón humano, están sus obras todas, y áun en aquellas que tienen por objeto principal el desarrollo de otro pensamiento, la más bella flor de su inteligencia fué siempre para el amor. Dígalo la sublime concepción llamada *La vida es sueño*, donde el protagonista, al convencerse de que cuanto

vió fué soñado, expresa de este modo tal vez lo más humano de obra por tantos títulos admirable.

De todos era señor
y de todos me vengaba;
sólo á una mujer amaba.....
que fué verdad creo yo
en que todo se acabó,
y esto solo no se acaba. (4)

Ni como había de acabarse cuando según el mismo Calderón:

Amor en el alma vive,
y si ella á otra vida pasa,
no muere el amor sin duda,
puesto que no muere el alma. (5)

Partía del hermoso principio de que

Entre amar y aborrecer
no hay comparado ejemplar,
pues trae dentro de su sér,
quien aborrece, al pesar;
pero quien ama, al placer. (6)

Y no era mucho que, teniendo tal idea del amor, creyese

que esta pasión
es el crisol, el examen
de todos, porque ni noble,
ni entendido, ni galante,
ni valiente sabe ser
el hombre que amar no sabe. (7)

Así entendía D. Pedro Calderón de la Barca la influencia del amor en los caballeros de su tiempo, y al dotarlos de tan nobles cualidades, no hizo sino infundirles sus propios sentimientos con tal calor y sin-

ceridad, que si de la vida del egregio escritor no hubieran quedado noticias ciertas que prueban la integridad y honradez de su carácter, curioso y facilísimo sería reconstruirlo, estudiando los personajes de sus obras; y á buen seguro, que este estudio nos daría por resultado un hombre, que aun aventajaría en algo al poeta, con ser éste tan grande.

Nótese que por saber amar no entiende Calderón amar demasiado, sino amar bien: por ello sus galanes, con muy pocas excepciones, son, al par que finos amantes, cumplidos caballeros. En rarísimos casos aparece en sus obras un Gómez Arias; y cuando esto sucede, tiene el autor buen cuidado de sacarlo verdaderamente á la vergüenza pública para castigarle, según sus delitos, con ejemplar severidad. Son, pues, los enamorados de Calderón, tan pródigos en galanterías, finezas y requiebros con las mujeres que aman, como asiduos, tiernos, sumisos y consecuentes con aquellas que les corresponden: siempre rendidísimos apasionados de sus damas: quejumbrosos, desesperados y agresivos con las ingratas muchas veces, pero nunca viles.

El uso de la hipérbole es casi necesidad de los enamorados, y no debe tenerse sino por muy lícito cuando se mantiene en los límites del buen gusto: Calderón los traspasó con frecuencia, arrastrado por la corriente de su época, tan aficionada al discreteo y la galantería; pero no siempre por fortuna, pues en muchas ocasiones expuso conceptos hiperbólicos, tan finos como el que sigue:

No pensé que era tan tarde,
señora, porque pensé
que á cualquier hora que os viese
sería el amanecer. (8)

En otras empleó frases verdaderamente discretas, tales como las contenidas en estos cuatro versos:

Tan hermosa es, que aunque fuera
necia, supliera el defecto:
tan discreta, que á ser fea,
le sucediera lo mesmo. (9)

Tiene Calderón amantes tan celosos del bien amado, como aquel á quien le

está dando temor
pensar que el sol la ve, y que
sabe enamorarse el sol: (10)

tan cuidadosos, como la que exclama:

soplad más quedo
y no hagáis ruido, airecillos,
que está mi vida durmiendo: (11)

tan apasionados, como los que dicen:

Te rendí tan luego el alma,
que no distinguí cual fuese
primero, verte ó amarte.....
¿Qué más amarte que verte? (12)

Porque si á mí
yo me pregunto quien fuí,
yo á mí me responderé
que yo no lo sé, é iré
á preguntártelo á tí. (13)

Ojos, pues que Galatea
me manda que no la vea,
ojos no os he menester,
que no me queda que ver. (14)

Cuento de nunca acabar sería poner aquí todos los

rasgos tiernos y delicados, vehementes y apasionados de los galanes de Calderón; pero no por eso he de omitir algunos de los que constituyen el carácter general de los caballeros de su época, sirviendo como de base y fundamento á la enamorada sociedad, que retrataba. Los personajes del teatro de todos los grandes escritores patentizan las costumbres de su tiempo, y reflejan al par el espíritu del autor: por eso los de Calderón, arrancados de una sociedad fundada en el honor y la galantería, y hablando por virtud de la mágica inspiración de alma tan noble y generosa, pagan tributo incondicional de hidalgo respeto á la mujer, y llevan la abnegación hasta el heroismo cuando se trata de la que adoran. A semejanza de aquel galán que dice:

Servir á las damas es,
Fabio, deuda tan hidalga,
que el ser quien soy me la debe
y el ser quien soy me la paga, (15)

son casi todos los de Calderón, que consideraba el respeto á la mujer como primera condición del buen caballero;

Pues no puede ser valiente
con los hombres, quien no es
cobarde con las mujeres. (16)

Y en este punto de la galantería llega la suya hasta el extremo de creer:

Que no hace fineza quien
dice que hace la fineza;
pues sólo es saber callarla
premio de saber hacerla. (17)

Con tales principios y prescripciones necesariamente

habían de ser galantes y respetuosos con las mujeres los hombres todos del teatro de Calderón, y extremados en su rendimiento amoroso, no ya los correspondidos, sino los que lloran desdenes, como aquel que exclama:

Vuela, pensamiento mío,
vuela sin temer osado
los desaires de un desvío;
pues yo á volver desairado
es sólo á lo que te envío. (18)

La estimación de la persona amada, prenda inseparable del verdadero cariño, acompaña á los personajes en quienes Calderón ha querido poner el sentimiento del amor en toda su pureza. Así es que uno vence sus deseos diciendo:

No te responde mi voz,
porque mi honor te responda;
no te hablo, porque quiero
que te hablen por mí mis obras;
ni te miro, por que es fuerza
en pena tan rigurosa,
que no mire tu hermosura
quien ha de mirar tu honra. (19)

Otro, para probar su respeto replica:

Y así pienso agradecerte
esta pena que me das;
porque estimo tu honor más
que estimara merecerte. (20)

Inútil fuera, y tal vez impertinente, empeñarme en demostraros con nuevos textos las cualidades de que están adornados los galanes del teatro de Calderón. En todos ellos puede estudiarse al enamorado caballero del siglo XVII, con su inagotable caudal de requiebros y fine-

zas, dispuesto siempre á morir en defensa de las damas, y no tolerando en la suya ni sombra de infidelidad: retrato fiel del noble español de aquellos tiempos, realzado por la ternura y delicadeza de afectos que pudo y quiso infundirle el honrado corazón del príncipe de nuestros dramáticos. Mucho que admirar y no poco que estudiar tienen estos enamorados; pero áun siendo obra tan primorosa, no es la mejor del poeta, y por necesidad ha de ceder ante otras que ponen á mayor altura el genio de Calderón.

El germen divino que en la inteligencia humana crea y da vida á toda obra literaria; la fecunda y vigorosa fantasía que desenvuelve y agranda el pensamiento generador; el arte que lo ordena, revistiéndolo de los caracteres de eterna belleza que sólo á él es lícito crear; el buen gusto, regulador y maestro de la creación intelectual, y el estudio que enseña los recónditos caminos por donde esta creación debe penetrar fácil, agradable y benéfica en el alma de los lectores, cualidades son que ha de reunir todo escritor de elevadas aspiraciones, y especialmente el verdadero autor dramático. Pero éste necesita, además, una, á manera de intuición, que le revele los secretos más ocultos del corazón de sus semejantes; aptitud especialísima para ver con claridad y exactitud el móvil de las acciones humanas; y estudio imparcial, recto y severo de la sociedad en que vive, para hacer el espejo que ha de presentarle después, con tal arte construído, que todos vean en él necesariamente, no sólo los propios vicios, sino la manera eficaz de corregirlos y áun de convertirlos en virtudes.

Todas estas dotes, reunidas en un solo hombre, nos darían el autor dramático perfecto: ninguno, á mi entender, las ha atesorado hasta el presente: Calderón las

poseía casi todas; pero, por desgracia, no hizo de algunas el uso que á su gloria y á la de las letras españolas hubiera sido más provechoso. El gusto literario de su época y de su público, la escuela dramática que se le ofrecía por modelo, su propia inclinación tal vez, le arrastraron con frecuencia por el camino de la poesía lírica, en el que nadie le adelantó; quedándose detrás, aunque siempre de los primeros, en el del arte dramático. Utilizó más el raudal de su maravillosa fantasía para elevar sus obras á las más sublimes regiones poéticas, que el profundísimo conocimiento que del corazón humano tenía, y por el cual hubiera llevado sus creaciones á las serenas alturas de la verdad artística, término glorioso de la obra dramática.

Sin salir de la materia comenzada, que constituye la mayor parte del teatro de Calderón, veremos hasta qué punto conocía éste ingenio los misterios del alma, y de qué modo lograba patentizarlos con enseñanza provechosa. Sabemos ya cómo define el amor, cómo lo sienten sus personajes, cómo debe ser el verdadero, qué derechos da y qué sacrificios exige: sepamos ahora las consecuencias que saca y los consejos que juzga oportunos. De las innumerables verdades que contienen sus dramas, sólo citaré las siguientes, elegidas al acaso:

En llegando á amar, no hay fama,
no hay aplauso, no hay blasón,
honor, vida, alma ni acción
que no sea de la dama.(21)

Perdona si desconfía
de tu crédito un temor;
porque el cetro y el amor
no permiten compañía. (22)

No está el amor en el labio,
en el pecho sí, y en él
vives, que el querer callando
es de amor más justa ley.
La que con extremos dice
su amor, tiene otro interés,
que son muchas las que quieren
y pocas saben querer. (23)

Conocía bien Calderón las perfidias á que el amor arrastra á sus siervos, y aconseja que nadie se fíe

de hombre enamorado, pues
quien llega á estarlo, sospecho
que ni más que aquello estima
ni piensa que hay más que aquello. (24)

Y no andaba tampoco descaminado cuando decía:

Pero quiérote advertir
que en tu vida no encarezcas
hermosura á poderoso,
si enamorado estás de ella. (25)

La esperanza, eterna compañera de los enamorados, es, en concepto de muchos, mortificadora implacable: en el de Calderón es necesidad del amor:

El que no tiene esperanza
de la dicha que pretende,
no busque la dicha, busque
la esperanza que no tiene. (26)

Ella alimentará su espíritu dolorido y le acompañará hasta el sepulcro, mostrándole siempre las puertas de la dicha. Estímulo para casi todos los actos del hombre, resucita las ilusiones ya muertas, y el propio fuego que la consume alumbra la triste oscuridad del alma. El que la posee, no puede llamarse desgraciado, porque

El que llora en confianza
de conseguir lo que adora,
mérito ninguno alcanza;
pues enjuga lo que llora
al aire de la esperanza. (27)

No tener nunca celos, es amar friamente, ha dicho una ilustre escritora: para Calderón los celos, como la esperanza, son necesidad del amor;

porque sin celos amor
es estar sin alma un cuerpo. (28)

El autor de *El mayor mónstruo los celos*, habíalos estudiado tan á fondo, que, sin acudir á su renombrado drama, se pueden presentar muchas pruebas del profundo conocimiento que de esta pasión tenía. No es ciertamente en *El Tetrarca* donde escribió

¡Malhaya
quien celos á buscar llega,
que si no se hallan, no alivian,
y si se hallan, atormentan! (29)

Verdad es ésta que nunca deberían olvidar los celosos; pero Calderón temía que no la aprendieran

Porque son celos, y son
de esa condición los celos:
morir por saberlos, antes,
y después por no saberlos. (30)

Véase cómo encarece la inquietud que ocasionan:

Los celos que me llevaron,
aquí me han vuelto á traer;
porque un celoso no está
en ninguna parte bien. (31)

Y así es, en efecto, pues el esclavo de esta cruel pasión á tal punto ciega, que ni áun lo que tiene delante puede considerarlo seguro, porque

en los celos las mentiras
sientan plaza de verdades. (32)

La única frase que citaré de *El Tetrarca de Jerusalen* es tan hermosa y pinta tan á lo vivo el dolor de los celos, que por ella sola podría adivinarse la grandeza del personaje que exclama:

Heredero de mis dichas,
dueño de mis esperanzas,
muero de agravios y celos
que matan porque no matan. (33)

La ausencia y el olvido pasaron siempre por remedios eficaces para las enfermedades de amor: como tales los consideró también nuestro poeta, pero sin desconocer que el enamorado olvida difícilmente.

No es para solicitado
como la dicha el olvido;
que en quien lo busca perdido
siempre estará más hallado. (34)

De manera que si á un amante le hace decir

Y así, al veneno de amor
busqué el antídoto fuerte
del olvido, porque sólo
el olvido al amor vence, (35)

por boca de otro pondera así la dificultad de conseguirlo:

¿De qué tanto olvido sirve,
si nunca se olvidan penas,
y ya se acuerda de amar
el que de olvidar se acuerda? (35)

No sucede lo mismo con la ausencia, pues aunque dice el cantar que es aire

> que mata el fuego chico
> y aviva el grande,

la experiencia enseña que, si contra amor hay algun remedio, ha de buscarse en tiempo y ausencia; y Calderón se pone de parte de los que creen que aquello que tiene origen en la presencia de una persona, se debilita ó muere con su ausencia: por eso piensa que al enamorado

> Ausencia y tiempo le curen,
> porque nadie convalece
> de amor, mejor ni más pronto
> que un enamorado ausente. (37)

Ya hemos visto que sobresale entre las cualidades que más ennoblecen el carácter de los galanes calderonianos su respeto á las damas. Ellas son el crisol donde depura la honradez é hidalguía de los caballeros que con tanta frecuencia aparecen en sus obras: no es, pues, de extrañar que revistiendo de tantas virtudes y prendas sociales al hombre de su tiempo, dejara en segundo término á la mujer, cuyo papel no era en aquella sociedad, ni podía, por consiguiente, ser en la fábula dramática, tan activo como el del hombre. Hizo de éste Calderón el principal resorte para la solución de las grandes situaciones de sus comedias; y como es natural, las más veces le colocó en la cúspide de sus creaciones. Como los personajes del teatro son siempre representación de los que componen la sociedad en que el autor vive, Calderón no pudo prescindir de su época; y teniendo elevadísima idea de la mujer en general, se vió

obligado á pintarla tal como era en el mundo, bien que realzando sus buenas cualidades y atenuando sus defectos.

La mujer del siglo XVII vivía en una especie de reclusión, que hacía menos dura el matrimonio; pero sin que la acción social de la casada traspasase los límites del hogar doméstico. El teatro de Calderón bastaría por sí solo para dar idea exacta de las costumbres familiares y de la condición de la mujer de aquella época; pero los demás autores dramáticos coetáneos suyos, y que como él copiaron lo que veían, vienen á confirmar en absoluto la verdad del cuadro pintado por nuestro poeta. Vivía, pues, la mujer en tres diferentes estados, con caracteres distintos: como soltera, al cuidado materno: como soltera, huérfana de madre, bajo la guarda del padre, hermano, tío ó tutor: como casada, sometida al dominio del marido. La viuda estaba ordinariamente en iguales condiciones que la soltera. Con estos elementos contaban los autores dramáticos para desarrollar en sus fábulas una acción social; y ciertamente que con ellos tuvieran de sobra tan grandes ingenios, si de los tres estados en que vivía la mujer, el primero hubiera podido llevarse al teatro, y el tercero (precisamente el que con más frecuencia es ahora asunto del drama) no hubiera parecido en la escena tan ofensivo al decoro público, que rara vez osaron presentarlo en ella los escritores de más autoridad: quedaba, pues, reducido el círculo de acción del poeta, en cuanto á la mujer, á las que estaban bajo la potestad del padre, hermano, tío ó tutor.

Estas son, en efecto, el elemento principal, casi único, de nuestra comedia antigua; y como no podían tomar parte en los asuntos de Estado ni en otras contiendas

ajenas á su caracter, la tomaban y muy activa en los lances de amor, burlando la vigilancia de sus guardadores con la ayuda de dueñas y doncellas, y ocasionando las situaciones cómicas y dramáticas, los ingeniosos enredos con que nos deleitan nuestros admirables poetas de los siglos XVI y XVII. De aquellas aventuras provocadas por las mujeres, salva tal cual excepción, no puede resultar el sexo femenino tan bien parado como fuera de desear. La ligereza, la travesura, la coquetería, el devaneo que alguna vez raya con la desenvoltura y casi nunca con la liviandad, caracterizan á las mujeres del antiguo poema escénico, en el cual aparecen despiertas, sagaces, vivarachas, llenas de gracia y atractivo, no pudorosas y recatadas, ni mucho menos fuertes y heróicas.

Calderón, al retratar esta parte de su sociedad, se muestra original, agudo, con frecuencia epigramático y siempre conocedor profundo del corazón de la mujer. Así es que en cuanto á su decoro, pensaba que

no hay recatos ni murallas
que guarden á una mujer,
si ella misma no se guarda; (38)

y en lo que toca á su discreción, sabía

que las más cuerdas mujeres
pueden callar con amor,
pero con celos no pueden. (39)

Mucho debió estudiar sus defectos; pues aunque constantemente inspirado por el sano deseo de corregirlos, á menudo los pone en evidencia con tal exactitud que asombra. Véase en los siguientes rasgos cómo supo sorprender en el alma de la mujer sus debilidades

más íntimas, y con qué sagacidad de espíritu logró averiguar que

es el mayor desaire
del duelo de las mujeres
confesar sus celos, donde
lo escucha de quien los tienen. (40)

Tal vez fuera exclusivo de los tiempos de Calderón el defecto de altivéz, más bien de egoísmo, que atribuye á todas las mujeres cuando por boca de una les hace decir:

Porque somos las mujeres
á nuestra altivéz atentas
tanto, que, ofendiendo, áun no
queremos que nos ofendan. (41)

Pero lo que seguramente cuadra á todos los tiempos, sin que nadie lo haya contradicho, es la verdad que estos cuatro versos encierran:

Ninguno nos quiera bien
si pretende alcanzar premio,
que queridas despreciamos
y aborrecidas queremos. (42)

Difícil es que las mujeres confiesen estas cosas; pero ninguna se atreverá á negar que

La deidad más ofendida
de verse adorada, es cierto
que hacia la parte del alma
nunca le pesa de serlo. (43)

Si alguna lo negase, me atrevería á estimular su natural locuacidad, exclamando:

Callar aquí no es amar;
y este yerro vendrá á ser
el primero que mujer
haya hecho por callar. (14)

Pero Calderón, á quien la integridad y nobleza de su caracter imponían el deber de decir lo que sentía acerca la mujer en aquello que la perjudica, es tan probo que no quiere omitir nada absolutamente de lo que la ensalza. No es raro en sus escritos hallar censuras tan enérgicas y tan justas como la siguiente:

Ni quiere bien ni ha querido:
y así, la olvida y la deja;
porque mujer sin amor
¿qué se pierde en que se pierda? (45)

pero lo es menos todavía encontrar conceptos tan hermosos como este:

No hables mal de las mujeres:
la más humilde, te digo
que es digna de estimación,
porque, al fin, de ellas nacimos. (46)

Y defensas tan sentidas, tan lógicas y atinadas como ésta, que imitó una célebre poetisa:

Presto del amor te ofendes.
Todos los hombres queréis
fáciles mujeres antes,
pero Lucrecias después. (47)
Pues ¿qué hemos de ser nosotras
si ellos mismos nos enseñan?
Siempre la ocasión es suya
y siempre es la culpa nuestra. (48)

Ni deja Calderón de presentar, áun en sus comedias de enredo, tipos delicadísimos dignos de respeto y admiración. Amantes tiernas y apasionadas, almas cándidas y generosas hay en muchas de las obras de su teatro cómico; y en el dramático, donde con más faci-

lidad podía desplegar su genio creador y grandioso, el tipo heróico de la mujer apasionada, el austero de la mujer fuerte y el pudoroso de la virgen cristiana, aparecen algunas veces con prendas de abnegación y virtud, tales que en nada ceden á las creaciones más famosas de otros autores. No entra en mi propósito analizar todos los rasgos de estas damas de Calderón; pero tampoco puedo renunciar al placer de recordáros algunos, en justo desagravio de las mujeres. Así pinta un galan el cariño de su adorada:

Con tan grande, con tan ciega
terneza me mira y ama,
que el aire que apenas pase
junto á mí, la sobresalta. (49)

No son menos tiernos y delicados estos conceptos:

A la aurora desperté,
la mañana te escribí,
á la tarde te esperé,
de noche, D. Juan, te ví,
y á todas horas te amé. (50)

Espera, amante traidor;
mira que es mucho rigor
. . . .
que tú me mates de celos
y yo me muera de amor. (51)

Mirad á otra parte
galán caballero,
que todos verán
lo mucho que os quiero. (52)

Antes he dicho que las mujeres solteras que vivían al cuidado materno, estaban proscritas de la escena; y lo estaban porque la madre no aparecía en ella jamás:

este es un personaje desconocido en nuestro teatro antiguo: ninguno de los escritores del siglo XVII se atreve á presentarlo ni áun como episódico. Mucho dice esto en favor de la mujer de aquellos tiempos; y aunque no pruebe en absoluto que las madres nada tuvieran que censurar ni corregir, prueba, á lo menos, que sus costumbres eran tan puras y tan recatada su manera de vivir, que las rarísimas excepciones que pudiera haber no autorizaban á exponerlas ante un público á quien desagradaba ver cosas extrañas á sus costumbres. Por algo debió entrar en tal omisión voluntaria, el profundísimo respeto con que se miraba entonces el santuario del hogar doméstico, donde la mujer tan cuidadosamente custodiaba el honor de la familia, base firmísima del buen vivir.

Pero como el respeto no se otorga por benevolencia, sino por la fuerza que hacen en el ánimo las cualidades de quien lo merece, no puede atribuirse exclusivamente á virtud de nuestros dramáticos lo que en realidad era mérito de la sociedad que los rodeaba. De otra suerte, ni Calderón de la Barca, que acometió valerosamente en sus dramas las más arduas empresas, hubiera dejado de animar alguno con la figura de la madre, ni el público hubiera impuesto el silencio que todos los poetas guardaron en este punto.

Tampoco la mujer casada aparece en nuestro teatro antiguo sino muy raras veces. Calderón se adelantó á sus coetáneos en tal camino; y no sólo presentó á la mujer casada, sino que se atrevió á presentarla culpada en algunas ocasiones; pero fué tan tímido y cauteloso en la exposición de la culpa, y tan terrible en la imposición del castigo, que todavía tres de sus obras maestras ejercen en el espectador más sana influencia, que

todas las que sobre el mismo asunto han venido recientemente á infestar el teatro.

Velando el delito, según exigen el arte y el decoro, imponiendo el castigo con más dureza que la ley y la moral prescribían, Calderón interpretaba los sentimientos de su época, reflejaba el espíritu caballeresco de sus compatriotas, y á la vez que moralizaba á su público haciéndole amable la virtud y aborrecible el vicio, le inspiraba el horror sublime, la compasión sana y consoladora con que el arte sella sus obras maestras. Los caracteres de misteriosa solemnidad con que nuestro poeta pinta la infidelidad conyugal de la mujer, la severidad con que juzga el pecado de pensamiento, el decoro y el pudor con que trata el asunto hasta en las situaciones más atrevidas, prueban, á mi entender, tres cosas: que los casos prácticos eran rarísimos entonces; que aquella sociedad exigía hasta la crueldad en el castigo; que el público no toleraba en esta materia lo que tolera el nuestro.

Aun admitiendo en hipótesis que existan tipos y hechos como los que hoy vemos en el teatro, ¿debe el arte darles cabida? ¿Debe el escritor dramático allanarse á propagar el vicio por medio del escándalo? El vicio, en lo que tiene de deforme, descomunal y antihumano, y revestido con todos los accidentes y pormenores más repugnantes, no es arte, ni verdad, ni realidad, ni realismo: es sencillamente degradación y barbarie.

La mutua estimación y el correspondido cariño constituyen el fundamento de la dicha conyugal, y poco nuevo sobre esto podía decir Calderón; pero sí podía censurar y censuró á los que para elegir mujer consultaban otro linaje de interés:

Mujer á mi gusto quiero:
sea su dote mi agrado;
que el que á otro interés se vende
no es marido, sino esclavo. (53)

Este quiere mujer á su gusto, como primera condición: otro enumera las cualidades que la deben adornar y piensa:

que no ha de tener la propia
de nada opinión; pues basta
ser perfecta un poco en todo,
pero con extremo en nada. (54)

Véase, al condenar la desconfianza conyugal, cómo demuestra Calderón

que sentimientos, disgustos,
celos, agravios, sospechas
en la mujer, y más propia,
áun más que sanan enferman; (55)

y con cuanta razón dice un marido á su mujer:

No será justo que ignores
que tiene, en tales desvelos,
licencia de pedir celos
marido que da temores. (56)

El galán que persigue á una mujer casada y tiene que esconderse porque se ve sorprendido, manifiesta el estado de su ánimo con esta oportuna reflexión:

No he sabido
hasta la ocasión presente
qué es temor. ¡Oh que valiente
debe de ser un marido! (57)

Sorprendida una mujer casada que sin culpa suya se encuentra á solas con un hombre que la galantea,

prorrumpe, al esconderlo, en esta profunda, verdadera y hermosísima exclamación:

Si inocente una mujer
no hay desdicha que no aguarde,
¡Válgame Dios, qué cobarde
la culpa debe de ser! (58)

Inteligencia tan elevada como la que concibe estas ideas, corazón tan honrado como el que atesora tales sentimientos, pluma tan consagrada á las bellezas del espíritu, no había de pagar tributo á la pasión material y grosera, al tratar de la hermosura en la mujer, puesto que

..... no hay perfecta hermosura
donde no hay alma perfecta. (59)

Y si para el hombre

Una hermosura sin alma
es como estatua de mármol,
en donde está la hermosura
sin el color del halago, (60)

en la mujer

Es armiño la hermosura
que siempre á riesgo se guarda:
si no se defiende, muere;
si se defiende, se mancha. (61)

Así, pues,

Entre ingenio y hermosura
el que puede elegir debe,
si para dama, la hermosa,
para mujer, la prudente. (62)

Que si á la joya del alma
es no más que caja el cuerpo,
no hay gala en lo personal
que iguale al entendimiento. (63)

Por último, para coronar Calderón su doctrina sobre la belleza de la mujer, dice en uno de sus más bellos dramas, refiriéndose á una joven hermosa y humildemente vestida:

Más belleza la humildad
de este traje la asegura,
que en la mujer la hermosura
es la misma honestidad. (64)

Nada hay más repugnante en el orden moral que la violencia empleada contra una mujer.

¡Que bajo espíritu debe
de tener quien se contenta
con que lo que es voluntad
lo haya de adquirir por fuerza! (65)

Ni enseña Calderón menos felizmente cuán inútil es aspirar á la posesión de una mujer, si antes no se conquista su voluntad.

Porque querer sin el alma
una hermosura ofendida,
es querer á una mujer
hermosa, pero no viva. (66)

Así al narrar la violencia cometida con una mujer, hace decir á un personaje:

Por fuerza logró su amor;
mas miente, miente mi lengua,
que, aunque consigue, no logra
el que consigue por fuerza. (67)

Bien á la ligera, y no según lo que el asunto merece, sino conforme mis humildes fuerzas lo permiten, he citado algo de lo mucho que sobre el amor dejó escrito

Calderón en su teatro. Menos mal compuesto resultaría el cuadro, si la exposición de los admirables conceptos del príncipe de nuestros poetas dramáticos hubiera ido acompañada de un estudio de los caractéres y situaciones de sus obras; pero ni yo tenía valor para intentar tamaña empresa, ni tal vez vosotros hubierais tenido paciencia para sufrir mis largas y difusas apreciaciones. Ya conocéis la pureza y seguridad de la doctrina moral de Calderón en lo concerniente al amor y á los afectos que más se relacionan con él: ahora, y procurando ser muy breve, hablaré de nuestro poeta como pensador y moralista en otras materias.

Sujeto el hombre desde el pecado original á las penalidades de la vida, tiene por compañero inseparable el dolor, que á la vez que castiga el primitivo delito, purifica y prepara á la criatura para su futuro providencial destino. De el dolor no puede librarse ningún mortal, pues

> Aunque estuviera de mármol
> fabricado nuestro sér,
> para imprimirse en el mármol
> el dolor fuera cincel. (68)

En el dolor adquiere el hombre el durísimo temple que se necesita para acometer y vencer las grandes contrariedades,

> que nunca crece á ser grande
> el que sin desdichas crece. (69)

Profundas y atinadas son las consideraciones que hace Calderón sobre las desventuras que afligen á la humanidad, y no parece sino que las ha estudiado en sí mismo, según la verdad con que las describe.

No es consuelo de desdichas,
es otra desdicha aparte
querer, á quien las padece,
persuadir que no son tales. (70)

Deja que el fracaso venga
y no al camino le salgas,
que es desgracia desde luego
el esperar la desgracia. (71)

Si al estudiar el fondo del alma ha sabido el poeta hacer patentes hasta las que pudiéramos llamar debilidades del dolor, al ponerlo en boca de sus personajes, traduciendo los más íntimos sentimientos del corazón, ha sido tan feliz en su empeño como los siguientes versos demuestran:

Alegrías mal logradas,
antes muertas que nacidas,
rosas sin tiempo cogidas,
flores sin sazón cortadas. (72)

No es menester que digáis
cuyas sois, mis alegrías,
pues bien se ve que sois mías
en lo poco que duráis. (73)

El estudio asiduo y constante que hacía Calderón de las costumbres de su tiempo, el comercio continuo que tenía con aquella sociedad que tanto codiciaba su trato, y su espíritu naturalmente perspicaz y observador, le dieron una experiencia y un conocimiento de las debilidades humanas, que áun sin proponérselo él, se muestran en sus obras, avaloradas con reflexiones y consejos, ya para vivir en el mundo, ya para librarse de caer en vicios y defectos que debe rechazar todo corazón recto y bueno. De sus comedias pudieran extractarse fácilmente máxi-

mas y sentencias acerca de todos los deberes que impone la moral cristiana. Calderón halla siempre medio oportuno de nutrir de conceptos morales sus obras para que al par deleiten con el interés de la fábula, y enseñen algo que pueda redundar en bien de los hombres. Sigamos, pues, la exposición de estos que pudiéramos llamar artículos de su código moral, y veremos qué cosas tan peregrinas y admirables le ocurrieron sobre determinadas materias.

Sabía cuánta es la debilidad humana para guardar un secreto, y aconsejaba que

Nadie fíe su secreto
del más cuerdo y más amigo;
que en la más sana intención
está un secreto á peligro. (74)

Y si lo está en la más sana intención, ¿cuánto más no lo estará en un papel?

¡Malhaya el hombre, malhaya
mil veces aquel que entrega
sus secretos á un papel!
Porque es disparada piedra
que se sabe quién la tira
y no se sabe á quién llega. (75)

Vivía en la córte, frecuentaba el trato de los que la componían, y observando sus cualidades y defectos averiguó que allí

dan los cortesanos
estatua al honor, de cera
y á la malicia, de mármol. (76)

Con esto demuestra bien claramente que uno de los vicios que predominaban entonces, como siempre, en la

córte, era el de la murmuración; vicio que, al decir de un escritor moderno, nace del placer que experimentan los malos de que pueda haber otros que se les parezcan. Ponderando el daño que la murmuración causa, dice así:

Un hombre con sólo hablar—
¡tan fácil es la deshonra!—
es bastante á quitar la honra
que muchos no pueden dar. (77)

Y parécele más irremediable esta herida en la fama que cualquiera que reciba el cuerpo por dolorosa que sea;

pues una herida, mejor
se cura que una palabra. (78)

Conocido el vicio social y los perniciosos efectos que casi siempre le acompañan, la condenación no podía por ménos de ser dura y enérgica.

¡Malhaya
quien tira palabra ó piedra,
cuando no es posible que haya
modo de poder cobrar
la piedra ni la palabra! (79)

El amor propio pasa por sentimiento innato del corazón humano: y así lo entendía, sin duda, Calderón cuando dijo:

¡Que pegado afecto al alma
el del amor propio es,
pues nunca le suena mal
que haya quien le quiera bien. (80)

Pero no siempre este sentimiento tan natural es vituperable; pues cuando no llega al exceso de que la es-

timación de sí mismo viva á costa de la de los demás, puede ser origen de virtudes y móvil de buenas acciones. Hija del amor propio censurable es la alabanza de sí, condenada por Calderón en este concepto tan claro, tan sencillo y de tan pura enseñanza:

La alabanza de tus glorias
para ajenos labios deja,
que más alaban silencios
ajenos, que propias lenguas. (81)

Verdades que nunca deben olvidar aquellos á quienes se solicita para que falten á sus deberes, violando la fe prometida, son éstas que pone en una de sus obras menos vulgarizadas:

¿Es posible que no ves
que el mismo que en la ocasión
agradece la traición,
huye del traidor después?
Porque aunque ella agrade, á todos
viene el traidor á cansar,
y no es posible alcanzar
honra por infames modos.
Pues el que más alto estuvo,
á ser más notado viene
cuando el mismo honor que tiene
dice la infamia que tuvo. (82)

Aprendan aquí los traidores la recompensa que merecen; y en el consejo que sigue, que parece escrito para nuestros tiempos, debieran estudiar los gobernantes algo de lo que conviene tener presente, cuando se desea conservar el poder con verdadera autoridad.

Señor, á hombre sedicioso,
aunque en tu favor lo sea,
no le honres, que es hacer
al delito consecuencia. (83)

La gratitud es prenda de toda alma bien nacida y el intérprete de la hidalguía castellana, necesariamente había de creer que no puede

ser ni príncipe, ni amante
ni generoso, ni invicto,
ni fiel, ni ilustre, ni noble
quien no fuere agradecido. (84)

Que arguye poca nobleza
y casi infame procede,
quien satisfecho no obliga,
y obligado no agradece. (85)

Para darse cuenta Calderón de las causas que pueden engendrar la ingratitud, busca en vano en su alma generosa motivos que justifiquen el olvido de un beneficio, sin lograr sacar más que la candorosa consecuencia de que

si olvidarse un favor suele,
es porque el favor no duele
de la suerte qne el agravio. (86)

Como para él la falta es inconcebible, tampoco halla el castigo que merece; y juzgando por su alma las de los demás, dice noblemente:

que no hay castigo á un ingrato
como hacerle un beneficio
cuando él espera un agravio. (87)

Para los poderosos, para los vencedores, para los grandes que tienen autoridad sobre los pequeños, es para quienes Calderón escribió pensamientos tan hermosos como los que voy á citar. Exhorta unas veces á los vencedores para que cejen en sus victorias porque

.....las buenas fortunas
aventurarse no deben,
y conservar lo ganado
es la batalla más fuerte; (88)

y otras aconseja resueltamente la paz, pues

el hacer paces también
suele ser triunfos de guerra. (89)

En lo de honrar al vencido no reconoce límites, y así justifica hidalgamente su opinión:

Honrar al vencido es
una acción, que dignamente
el que es noble vencedor
al que es vencido le debe. (90)

Contra lo que algunos escritores modernos han dicho, Calderón creía que el perdonar las injurias no era virtud que debiera ensalzarse mucho, sino pago de una deuda contraída con el que todo lo perdona; y quería que se perdonara sin deprimir al ofensor.

Porque no perdona bien
el que, perdonando, deja
nada al temor que decir
ni que hacer á la vergüenza. (91)

Al proclamar el deber del perdón y la caridad en la manera de otorgarlo, condena en absoluto la venganza,

Porque nunca está mejor
aquel que se desagravia
con la venganza que toma,
que dejando de tomarla, (92)

y lleva su espíritu cristiano hasta el punto de decir,

pues de quien á mí me hizo
un pesar, ¿qué más venganza
que hacerle yo un beneficio? (93)

Castigo es para el ofensor el beneficio que le hace el ofendido:

Aunque os pudiera quitar
vida que es tan atrevida,
quiero dejaros la vida
por dejaros más pesar. (94)

Castigo es también en muchas ocasiones la venganza para el mismo que intenta vengarse:

Por satisfacerse honrado
publicó su agravio mismo;
porque dijo la venganza
lo que la ofensa no dijo. (95)

Muchas definiciones se han hecho del valor; pero ninguna es, á mi juicio, más propia y exacta que la que, tal vez sin propósito deliberado, hace Calderón al observar

que aunque el natural temor
en todos obra igualmente,
no mostrarle es ser valiente,
y esto es lo que hace el valor. (96)

Cómo y en qué circunstancias se ha de usar de esta cualidad del espíritu, y de qué otras debe ir acompañada, dícelo hermosamente nuestro poeta. La experiencia le había enseñado que

ningun cruel fué valiente. (97)

Su corazón cristiano le inspiraba que

mas se suele mostrar
el valor en perdonar;
porque el matar no es valor. (98)

Y con la propia inspiración decía:

Aunque te aconsejes tarde,
mira ¡oh joven imprudente!
que ser con ira valiente
no es dejar de ser cobarde. (99)

Para dar fin á esta materia citaré el bellísimo rasgo que pone en boca de un caballero obligado á reñir con dos:

Aunque sois dos, vive Dios,
que aquí no me dais cuidado;
que un hombre de bien, restado
una vez, vale por dos. (100)

Si el hombre experimentado y observador de las cosas del mundo prodiga en sus obras con amable generosidad cuanto ha estudiado y recogido para enseñar y moralizar á sus semejantes, el pensador y filósofo, no menos bondadoso y espléndido, regala constantemente el oído de su público con los grandiosos conceptos que surgían de su fecunda mente siempre que pensaba en la pequeñez de los actos del hombre.

El tiempo, gran agente de las cosas humanas, incomprensible maestro que todas las enseña y descubre, que acaba con todas, y que infunde en el hombre la certeza de su pequeñez, inspiraba á Calderón con frecuencia pensamientos como este:

Al peso de los años
lo eminente se rinde,
que á lo fácil del tiempo
no hay conquista difícil. (101)

Rebelde siempre nuestra naturaleza á corregirse por la enseñanza que le dan los sucesos que tiene á la

vista, rara vez se fija en el sentido íntimo, de ellos: comprendiéndolo así el gran poeta, quiere mostrar los estragos del tiempo prácticamente, y anticipa al joven lo que pensará cuando llegue á viejo, enseñándole así que no debe perder los años de la juventud, porque

Á la vista de las canas,
como perdidos, es cierto
que se avergüenzan los años
de haber pasado tan presto. (102)

La fortuna, ciega y desatentada, vierte sus dones á la ventura y es inconstante en sus favores: por eso se presta tanto á las reflexiones de un filósofo, y sirve de asunto para aconsejar y dar enseñanza al hombre. Calderón lo dice:

que es tal
de la fortuna el desdén,
que apenas nos hace un bien
cuando le desquita un mal. (103)

Cree también

que ella favorece más
á quien lo merece ménos. (104)

Y alguna vez afirma

que siempre la fortuna
fué sagrado del cobarde. (105)

Con lo cual no contradice, aunque al pronto lo parezca, la máxima que atribuye la fortuna á los audaces; pues si á éstos favorece á menudo, tampoco es raro que busque á los que huyen de ella.

Los casos dificultosos
y con razon envidiados,
inténtanlos los osados
y acábanlos los dichosos. (106)

Demuestra asimismo Calderón el estudio que de los efectos de la veleidosa fortuna había hecho, sacando las más saludables consecuencias al compararla con el rayo

Porque el rayo y la fortuna
su mayor efecto hacen
en la eminencia del monte
que en la humildad de los valles. (107)

A los que intentan asaltar el poder, aconseja cuerdamente que no olviden lo que á otros ha sucedido:

Tú eras ayer un soldado,
y hoy tienes cetro real;
yo era ayer un general,
y hoy soy un hombre afrentado;
tú has subido y yo he bajado:
y pues yo bajo, advirtiendo
sube, Aureliano, y temiendo
el día que ha de venir;
pues has hallado al subir
otro que viene cayendo. (108)

Que no se fíen de la suerte encarga á los afortunados, porque

mañana es otro día,
y á una débil, frágil vuelta,
se truecan las monarquías
y los imperios se truecan. (109)

Por último, en frase enérgica, elevadísima y profunda, dice á todo el mundo, dirigiéndose á una sola persona:

Y cuando de la fortuna
huelles la cerviz suprema,
del sol no estarás por eso
ni más lejos ni más cerca. (110)

Hermoso pensamiento, que con briosa valentía

muestra la pequeñez de la dicha humana, comparada con el grandioso destino futuro del hombre.

La existencia, paréntesis abierto al nacer, y en el cual permanecemos sin pensar que ha de cerrarse; la vida, que nos empeñamos en recargar de necesidades áun á costa de nuestra conciencia, y por la cual caminamos muchas veces al heroismo ó al crimen ¿qué es?

Vanidad de vanidades,

una flor
que con el sol amanece
y fallece con el sol. (111)

Esto ha dicho Calderón, repitiendo un concepto que muchos habían ya expresado; pero nadie antes que él había contestado así á la eterna pregunta:

¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son. (112)

Admirable definición que contiene todo el pensamiento de una obra, pasmo, como concepción filosófica, de propios y extraños.

Tal vez el hombre no ha recibido de Dios prenda tan preciosa como la voluntad, reguladora de todos nuestros actos, más fuerte en cada individuo que todos los poderes juntos del mundo contra él reunidos, y más indomable que todas las pasiones de que el alma humana es capaz. Nada existe en nosotros bastante poderoso para anular la voluntad; y por virtud exclusivamente suya, puede el hombre vencerse siempre que lo exija el deber:

Porque si á ti mismo tú
no te vences, será indicio
que de ti mismo olvidado,
no te acuerdas de ti mismo. (113)

No podía Calderón olvidarse de que el libre albedrío es materia esencial del dogma católico, y por los versos citados se ve perfectamente que lo había estudiado en la ciencia que trata de las cosas de Dios. En ciertas cualidades compiten otros poetas con Calderón; pero nadie supo dar como él forma dramática á los asuntos dogmáticos, místicos y teológicos más abstrusos y más difíciles de tratar. Asombran el desenfado y seguridad con que maneja en la escena los efectos de la voluntad, y seculariza los conceptos más profundos de la religion católica. Recordad estas elevadas sentencias:

¡Qué poco me desvanece
el aplauso, cuando temo
que no venzo á mi enemigo
si á mí mismo no me venzo. (114)

El hombre tiene
imperio sobre sí propio;
y en los esfuerzos humanos,
llamando uno vienen todos. (115)

Calderón, cuando elegía un asunto, lo estudiaba á conciencia; y estudiado con la ayuda de su finísimo instinto dramático, veía hasta donde podía llegar, y de donde no era lícito ni artístico pasar. Por eso, al decir que este poeta llevó al teatro las cosas más recónditas y escabrosas, estoy muy lejos de creer que hubiera podido tratar todo linaje de asuntos: afirmo sólo que tenía la facultad de discernir cuáles de entre los que parecían imposibles eran, sin embargo, fáciles de poner al alcan-

ce del vulgo, desarrollándolos acertadamente. Su talento, su experiencia, su genio y saber le guiaban por estos, al parecer, inexplorables paises.

El bien y el mal que los hombres hacemos cae tambien bajo el código moral de Calderón, y no solamente los estudia en su origen, sino que legisla sobre ellos. Ya sienta por principio que

de las cosas mal hechas,
ni es el ejemplo disculpa
ni el delito consecuencia, (116)

ya presenta el bien y el mal naciendo de una misma causa y produciendo contrarios efectos:

De un lisonjero clavel
que hermoso á la vista engaña,
una dulce, otra cruel,
saca ponzoña la araña,
la abeja destila miel. (117)

No es posible recomendar el bien con más eficacia que lo hace Calderón en estos cuatro versos:

De hacer algun bien, es tal
la alabanza, Don Guillén,
que haciendo uno ajeno bien
no se siente el propio mal. (118)

Ni tampoco puede exigirse manera de practicarlo más conforme con el verdadero espíritu cristiano, puesto

Que el que á un afligido ve
y se le deja afligido
avergonzarse, no da
sino vende el beneficio. (119)

Dios, Rey y honor era el lema de nuestros antepasados; y con ser tan admirable el sentido de estas tres

palabras, áun lo eran más la fe, la pureza, la devoción y el noble ardimiento con que se rendia culto á estos tres principios, escritos en todo corazón español. Por ellos peleaban desde el primer general hasta el último soldado: presentes los tuvieron los escritores grandes y pequeños, que dedicaron su ingenio al cultivo de las letras: no había noble, ni hidalgo, ni plebeyo que en sus actos públicos y en sus relaciones privadas no acatasen la religión, la autoridad y la familia. La patria—no hay que decirlo—la patria estaba en todo. En amarla gozábanse entonces y se gozan, por fortuna, todavía los españoles. Este pueblo hizo la patria luchando siete siglos bajo la bandera de su Dios, acaudillado por sus reyes, y conquistando palmo á palmo la tierra donde depositó su honra y su familia. Mientras haya una cruz ante la cual nos descubramos con fe sincera y corazón sano; mientras haya una autoridad legítima á quien por amor y por deber respetemos; mientras aliente en nuestro pecho el honor castellano sin mezclas extrañas, podrá suceder que no vayamos á la cabeza de lo que llaman civilización y progreso modernos; pero las armas extranjeras no invadirán impunemente la tierra de la patria, y la independencia de España no sucumbirá sin la defensa de sus hijos. Con esos tres principios nadie nos ha humillado en nuestro suelo: ellos son para nosotros historia, civilización, grandeza, poder, todo lo que constituye un pueblo independiente. ¡Ay de nosotros el día que los perdamos! España como nacionalidad habrá cumplido su destino en la tierra.

Calderón, en su doble concepto de español legítimo de pura raza y de escritor con vocación especialísima á representar el carácter de su pueblo, que era el propio suyo, dedicó lo mejor de su vida y de su enten-

dimiento á exponer y santificar los tres principios que daban aliento y vida á la nación donde había tenido la dicha de nacer. La religión católica fué el móvil más poderoso de su inspiración: á ella consagró la admirable epopeya teológica llamada *Autos sacramentales*, que ya en luminoso trabajo apreció aquí un sabio Académico, dando todo su valor á las incomparables cualidades del teólogo poeta. Insensato atrevimiento sería en mí querer añadir una sola palabra á lo que dijo aquel insigne literato; pero aunque omita todo lo concerniente á los *Autos sacramentales*, no puedo por menos de recordar algo de lo que en sus dramas escribió de la religión de Jesucristo. Como creyente fervoroso quiso dejar muestras perdurables de su firme creencia, interpretando así la de sus compatriotas. No debo ahora examinar el pensamiento puramente religioso y teológico de varias de sus obras; pero sí citar, aunque muy á la ligera, algunos de los conceptos de esta índole con que casi todas ellas están enriquecidas. Nunca este alentado ingenio penetró más allá de lo que á la razón humana le es lícito, porque creía que

> Lo que Dios quiere guardar,
> lo guarda sin que se sepa
> cómo ni por qué lo guarda.....
> dígalo su providencia. (120)

Sabía que á ciertos misterios jamás llegará el hombre, y que es vana soberbia querer investigarlos; pero no por eso tenía en menos la dignidad humana: antes bien la consideraba en tanto, que no hallaba nada mayor que admirar en el Hacedor Supremo que su creación.

> Gran autor debe de ser
> el que con eterna calma

á cada cuerpo da un alma
y una vida á cada sér. (121)

La verdad, muchas veces desconocida y ultrajada en la tierra, la busca él donde tiene su origen:

Acudamos á lo eterno,
que es la fama vividora,
donde ni duermen las dichas,
ni las grandezas reposan. (122)

Con este sublime concepto define el signo sagrado de nuestra redención:

El madero soberano,
iris de paz que se puso
entre las iras del cielo
y los delitos del mundo. (123)

No se muestra menos teólogo y moralizador al enseñar hasta qué punto están obligados los hombres á obedecer á sus superiores, y cuándo no deben hacerlo. No olviden, pues, los que rigen los pueblos que

En lo justo
dice el cielo que obedezca
el esclavo á su señor;
porque si el señor dijera
á un esclavo que pecara,
obligación no tuviera
de obedecerle; porque
quien peca mandado, peca. (124)

Místicos en la verdadera acepción de la palabra, elevadísimos y dignos del mejor de nuestros escritores ascéticos, son los siguientes pensamientos:

por mí solo muriera
Dios, si más mundo no hubiera:
luego eres tú cruz por mí,

que Dios no muriera en ti
si yo pecador no fuera. (125)

Pero ¿qué mal no es mortal,
si mortal el hombre es,
y en este confuso abismo
la enfermedad de sí mismo
le viene á matar después?
Hombre, mira que no estés
descuidado; la verdad
sigue, que hay eternidad,
y otra enfermedad no esperes
que te avise, pues tú eres
tu mayor enfermedad. (126)

Pisando la tierra dura
de continuo el hombre está,
y cada paso que dá
es sobre su sepultura. (127)

Después de Dios, el Rey era lo más respetable para un español del siglo XVII: considerábase la monarquía como una institución de derecho divino, y esta es la aureola de la majestad real en aquellos tiempos. En los nuestros, á lo que parece, las cosas han cambiado mucho; y aunque Dios es también quien hace los reyes, la ayuda de las constituciones es indispensable para que lo sean. Por ello, sin duda, no comprendemos bien ahora algunos de los conceptos que Calderón y los poetas coetáneos suyos introducían en muchas de sus obras. Hoy sería inverosímil decir, como dice Calderón:

que quien mira al rey la cara
segura tiene la vida, (128)

y condenable por reaccionario suponer

que nadie ha de juzgar
á los reyes, sino Dios. (129)

Gracias si se consigue en los pueblos monárquicos que pase por cierto aquello de

que no ha de tener ninguno
enterezas con su rey, (130)

y gracias también si, á lo menos, ya que no verdad práctica, es teoría sana y respetable lo de que

Es la sangre de los nobles,
por justicia y por derecho,
patrimonio de los reyes. (131)

Tal vez consistirá en que, por pura bondad, sin duda, los reyes á la moderna no participan de la opinión de nuestro poeta, que creía

que el temor sobre el amor
da estimación y respeto. (132)

Pero lo cierto es que si bien hoy los actos de infidelidad y de rebeldía á la autoridad suprema del Estado se repiten con dolorosa frecuencia, en cambio los actos de abnegación y de sacrificio incondicional de los vasallos andan por las nubes. Busquen los que aconsejan á los reyes, ya que á éstos no alcanza la responsabilidad de los actos de sus gobiernos, la manera de hacerlos felices en el concepto que indica Calderón:

¡Felice y más que felice,
el que, amado de su pueblo,
día que en público sale
ve á sus vasallos contentos. (133)

Si Dios y el Rey eran las dos primeras obligaciones de todo buen español del siglo XVII, el honor imponía deberes, no contra Dios, pero sí muchas veces con-

tra el propio Rey; porque según Calderón, tan amante de la monarquía, era preciso no olvidar

que si en un vasallo fiel
no hay contra el poder espada,
hay honor contra el poder, [134]

y que

Al Rey la hacienda y la vida
se debe; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios. [135]

No dirán los enemigos de los tiempos pasados que el poeta que consignó tal doctrina, pecaba de adulador y servil, ni mucho menos que escribía bajo el yugo de un tirano: esta manera de pensar está tan lejos del despotismo como de la democracia.

Es evidente que si el honor del individuo imponía respeto al mismo Rey, más debía imponerlo á cualquiera otra criatura humana; y hasta tal punto, que bien puede decirse que en esto del honor no había materia parva.

Porque el honor
es de materia tan fragil,
que con una acción se quiebra
y se mancha con un aire; [136]

y manchado el honor, según uno de los más famosos personajes de Calderón, solo *con sangre se lava.*

En esto, como en todo, el príncipe de nuestros poetas dramáticos interpretaba las ideas de su siglo y de su sociedad; pero reservándose el derecho de condenarlas, cuando así lo creía justo: por eso, si bien es cierto que unas veces opinaba

Que si mil muertes hubiera
que padecer y sufrir,

por un átomo de honor
áun fueran pocas las mil, (137)

y otras decía

Que del honor
son tan severas las leyes,
que mandan que el ofendido
sin ningun riesgo se vengue, (138)

también lo es que al propio tiempo se lamentaba amargamente de aquellas injusticias sociales que, sea dicho de paso, no se han corregido aún. Pasaba porque las manchas del honor se lavaran sólo con sangre, pero dejaba escrito que

Poco del honor sabía
el legislador tirano
que puso en ajena mano
mi opinión, y no en la mía. (139)

Parecíale bien que no bastaran mil vidas para darlas por un átomo de honor; pero sentía que fuera por

ley traidora
la afrenta de quien la llora
y no de quien la comete. (140)

Y por último, para justificar en cierto modo el durísimo código del honor, exclamaba:

Rigor que el cielo previene,
desdicha que el tiempo ordena,
es que uno tenga la pena
de la culpa que no tiene. (141)

Mucho más y sobre otras materias muy interesantes podría citar de lo que sin maduro examen he recogido del teatro de Calderón; pero con lo citado creo que basta para demostrar lo que me propuse.

Toda obra dramática que, además de las cualidades que el arte exige, contiene un pensamiento social moralizador, expuesto con claridad y lógicamente desarrollado, aventaja en mucho á aquellas cuyo único fin es deleitar honestamente al público; pero también estimo posible enseñar y áun moralizar escribiendo, como lo hicieron nuestros poetas, sin el propósito deliberado de corregir un vicio social por medio de la acción dramática. Al elegir á Calderón como moralista para tema de mi discurso, he prescindido de la enseñanza que encierran las fábulas y los caracteres por él creados, porque mi objeto era sólo probar que del diálogo de sus comedias podía sacarse un código moral, capaz de guiar al hombre por buen camino. Tengo por sano y moralizador, no solamente lo que he citado, sino también lo que he omitido: pienso que en todos y en cada uno de estos dramas resplandece la más pura doctrina católica; y si, como dice un escritor moderno, la moral de una obra está menos en ella que en su autor, preciso es declarar que Calderón fué, á la vez que ingenio de los mayores que ha tenido el mundo, hombre tan honrado y virtuoso como el que más.

Sin aspiraciones de crítico profundo, ni mucho menos de sabio comentador, sino sencillamente con el carácter de humilde expositor de la doctrina moral de D. Pedro Calderón de la Barca, he venido á pagaros mínima parte de la enorme deuda que con vosotros tengo contraída: me daré, pues, por muy satisfecho si he conseguido que el brillo de las riquísimas joyas del sumo poeta os haya deslumbrado hasta el punto de no reparar en lo tosco y pobre del engarce que yo les he puesto.

HE DICHO.

NOTAS

(1) García Gutiérrez. *Eclipse Parcial*: acto 1.°, esc. XI.
(2) *El monstruo de los jardines:* acto 1.°, esc. XVI.
(3) *No siempre lo peor es cierto:* acto 2.°, esc. IV.
(4) *La vida es sueño:* acto 1.°, esc. XVIII.
(5) *El mayor monstruo, los celos:* acto 2.° esc. X.
(6) *Amado y aborrecido:* acto 3.°, esc. V.
(7) *Para vencer á amor, querer vencerle:* acto 1.°, esc. V.
(8) *El secreto á voces:* acto 3.°, esc. VIII.
(9) *Amigo, amante y leal:* acto 1.°, esc. XIII.
(10) *La hija del aire:* acto 1.°, esc. II.
(11) *La Sibila del Oriente:* acto 3.°, esc. III.
(12) *El acaso y el error:* acto 1.°, esc. XXV.
(13) *La hija del aire:* acto 2.°, esc. I.
(14) *El acaso y el error:* acto 3.°, esc. II.
(15) *El segundo Scipión*: acto 1.°
(16) *El segundo Scipión*: acto 1.°
(17) *Para vencer á amor, querer vencerle*: acto 2.°, esc. VII.
(18) *El Conde Lucanor*: acto 1.°, esc. XII.
(19) *La vida es sueño*: acto 3.°, esc. X.
(20) *Judas Macabeo*: acto 1.°, esc. III.
(21) *Darlo todo y no dar nada*: acto 3.°, esc. XXI.
(22) *Argenis y Poliarco*: acto 3.°, esc. XII.
(23) *El astrólogo fingido*: acto 1.°, esc. II.
(24) *El alcaide de sí mismo*: acto 1.°, esc. III.
(25) *La hija del aire*: acto 2.°, esc. VII.
(26) *El monstruo de la fortuna*: acto 1.°, esc. XII.
(27) *Agradecer y no amar:* acto 1.°, esc. XIII.
(28) *Luis Pérez el Gallego:* acto 1.°, esc. III.

(29) *El acaso y el error:* acto 2.°, esc. IX.
(30) *Los tres mayores prodigios*: acto 3.°
(31) *Amigo, amante y leal*: acto 3.°, esc. X.
(32) *Casa con dos puertas mala es de guardar:* acto 1.° esc. IV.
(33) *El mayor monstruo, los celos:* acto 2.° esc. X.
(34) *Enfermar con el remedio:* acto 1.° esc. VIII.
(35) *El laurel de Apolo:* acto 2.° esc. X.
(36) *Nadie fíe su secreto*: acto 2.°, esc. I.
(37) *De una causa dos efectos:* acto 3.°, esc. X.
(38) *Apolo y Climene:* acto 2.°
(39) *Saber del mal y del bien:* acto 2.°, esc. VIII.
(40) *Casa con dos puertas mala es de guardar:* acto 1.°, esc. X.
(41) *El Pastor Fido:* acto 3.°
(42) *La devoción de la cruz:* acto 2.°, esc. XIV.
(43) *Bien vengas mal:* acto 2.°, esc. VII.
(44) *Bien vengas mal*: acto 1.°, esc. XV.
(45) *Bien vengas mal:* acto 2.°, esc. VI.
(46) *El alcalde de Zalamea*: acto 2.°, esc. XXI.
(47) *Amor, honor y poder:* acto 1.°, esc. XVII.
(48) *El astrólogo fingido*: acto 1.°, esc. IX.
(49) *Las manos blancas no ofenden:* acto 1.°, esc. VIII.
(50) *Con quien vengo, vengo:* acto 2.°, esc. XIII.
(51) *Celos áun del aire matan:* acto 3.°, esc. XI.
(52) *El castillo de Lindabridis:* acto 3.°, esc. I.
(53) *Agradecer y no amar:* acto 2.°, esc. I.
(54) *El mayor monstruo, los celos*: acto 2.°, esc. X.
(55) *El médico de su honra*: acto 2.°, esc. XVI.
(56) *Gustos y disgustos son no más que imaginación*: acto 1.°, esc. XI.
(57) *El médico de su honra*: acto 2.°, esc. IV.
(58) *El médico de su honra*: acto 2.°, esc. IV.
(59) *Cada uno para sí:* acto 2.°, esc. III.
(60) *El pintor de su deshonra:* acto 3.°, esc. V.
(61) *El mayor monstruo, los celos:* acto 2.°, esc. X.
(62) *¿Cuál es mayor perfección?:* acto 3.°, esc. XXV.
(63) *Los tres afectos de amor:* acto 1.°, esc. X.
(64) *La devoción de la Cruz:* acto 2.°, esc. XI.
(65) *Fieras afemina amor*: acto 1.°
(66) *El alcalde de Zalamea*: acto 3.°, esc. XI.
(67) *Fortunas de Andrómeda y Perseo*: acto 1.°
(68) *La Virgen del Sagrario*: acto 2.°, esc. X.
(69) *Fortunas de Andrómeda y Perseo*: acto 1.°
(70) *Gustos y disgustos son no más que imaginación*: acto 2.°, esc. IV.

(71) *Los tres afectos de amor*: acto 1.°, esc. II.
(72) *Amar después de la muerte*: acto 2.°, esc. VIII.
(73) Ídem íd. V.
(74) *Nadie fíe su secreto:* acto 3.°, esc. XXV.
(75) *La devoción de la Cruz*: acto 1.°, esc. III.
(76) *Guárdate del agua mansa*: acto 1.°, esc. XI.
(77) *El astrólogo fingido*: acto 1.°, esc. I.
(78) *Amar después de la muerte*: acto 1.°, esc. II.
(79) *Cada uno para sí*: acto 1.° esc. XIX.
(80) *El Conde Lucanor*: acto 1.°, esc. XIV.
(81) *La Gran Cenobia*: acto 3.°, esc. II.
(82) Ídem: acto 2.°, esc. II.
(83) *La hija del aire:* acto 2.°, esc. II *de la segunda parte.*
(84) *El conde Lucanor:* acto 2.°, esc. XX.
(85) *Amor, honor y poder:* acto 3.°, esc. III.
(86) *La dama duende*: acto 2.°, esc. II.
(87) *Afectos de odio y de amor:* acto 2.°, esc. XXII.
(88) *Los cabellos de Absalón*: acto 3.°, esc. XXI.
(89) *Duelos de amor y lealtad*: acto 3,°, esc. XXII.
(90) *El sitio de Bredá*: acto 3.°, esc. VII.
(91) *Los cabellos de Absalón*: acto 3.°, esc. VIII.
(92) *Las manos blancas no ofenden*: acto 3.°, esc. XI.
(93) *El segundo Scipión:* acto 3.°
(94) *La cisma de Ingalaterra:* acto 3.°, esc. VII.
(95) *A secreto agravio secreta venganza*: acto 3.°, esc. VII.
(96) *La hija del aire:* acto 2.°, esc. IX de la segunda parte.
(97) *El segundo Scipión:* acto 2.°
(98) *Amar después de la muerte:* acto 3.°, esc. VIII.
(99) *Las armas de la hermosura:* acto 3.°, esc. VII.
(100) *Bien vengas mal:* acto 1.°, esc. II.
(101) *El Príncipe constante:* acto 1.°, esc. I.
(102) *El hijo del Sol, Faetón*: acto 1.°
(103) *Amar después de la muerte:* acto 2.°, esc. V.
(104) *Los tres afectos de amor*: acto 1.°, esc. XIII.
(105) *Judas Macabeo:* acto 1.°, esc. IX.
(106) *El hijo del Sol, Faetón:* acto 1.°
(107) *Saber del mal y del bien*: acto 1.°, esc. XII.
(108) *La Gran Cenobia*: acto 1.°, esc. III.
(109) Ídem: acto 3.°, esc. II.
(110) *El hijo del Sol, Faetón*: acto 2.°
(111) *Las cadenas del demonio*: acto 3.°, esc. II.
(112) *La vida es sueño*: acto 2.°, esc. XIX.

(113) *El pintor de su deshonra*: acto 2.°, esc. IV.
(114) *El segundo Scipión*: acto 2.°
(115) *Los cabellos de Absalón*: acto 1.°, esc. II.
(116) *La desdicha de la voz*: acto 2.°, esc. II.
(117) *La cisma de Ingalaterra*: acto 2.°, esc. IV.
(118) *Gustos y disgustos son no más que imaginación*: acto 2.°, esc. III.
(119) *Los hijos de la fortuna:* acto 1.°, esc. VII.
(120) *Dicha y desdicha del nombre:* acto 2.°, esc. XVI.
(121) *El monstruo de los jardines:* acto 1.°, esc. XI.
(122) *La vida es sueño:* ácto 3.°. esc. X.
(123) *La exaltación de la Cruz:* acto 1.°, esc. IX.
(124) *El Príncipe Constante:* acto 2.°, esc. VII.
(125) *La devoción de la Cruz*: acto 3.°, esc. XI.
(126) *El Príncipe Constante*: acto 3.°, esc. VIII.
(127) Íd. íd. íd.
(128) *El Alcaide de sí mismo*: acto 3.°, esc. XII.
(129) *Saber del mal y del bien*: acto 1.°, esc. VIII.
(130) Ídem: acto 3.°, esc. I.
(131) *No hay cosa como callar*: acto 1.°, esc. XV.
(132) *Argenis y Poliarco*: acto 1.°, esc. IV.
(133) *Los tres afectos de amor*: acto 1.°, esc. III.
(134) *Amor, honor y poder*: acto 1.°, esc. XVII.
(135) *El Alcalde de Zalamea*: acto 1.°, esc. XVIII.
(136) *La vida es sueño*: acto 1.°, esc. IV.
(137) *Antes que todo es mi dama*: acto 3.°, esc. XI.
(138) *La desdicha de la voz*: acto 3.°, esc. I.
(139) *El pintor de su deshonra:* acto 3.°, esc. XIII.
(140) Ídem: acto 3.°, esc. XIII.
(141) *Gustos y disgustos son no más que imaginación*: acto 3.°, escena XVI.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE

SEÑORES:

Tócame la honrosa distinción de llevar en este día la voz de la Academia Española para dar muy afectuosa bienvenida al correcto escritor, al distinguido poeta D. Mariano Catalina, de cuya laboriosidad y buenos estudios, realzados por envidiable nobleza de carácter, la Academia se promete cooperación activa y útil en sus difíciles y asiduas tareas literarias.

Cuánto vale como escritor y poeta el Sr. Catalina, ya lo ha quilatado inapelable autoridad, reconocida y acatada universalmente por su rectitud, ciencia y maravilloso juicio, y á quien unánimes confiasteis vosotros el delicado y honrosísimo cargo de la censura. He aquí las palabras de tan sabio crítico, en el prólogo de las *Poesías, cantares y leyendas* del nuevo compañero:

"No es Catalina poeta que habitualmente se remonte en alas del estro arrebatado de Píndaro; mas sin volar á las alturas en que suele resplandecer el fogoso lirismo que á veces nos enamora y seduce tanto en las odas del Maestro León ó de San Juan de la Cruz, sabe insinuarse en el ánimo y atraerlo y encantarlo con persuasivo lenguaje.

"Ni es la poesía amatoria la única fuente donde busca y recibe Catalina felices inspiraciones. La santidad, la virtud, el heroismo, el poder, cuanto levanta el espíritu y lo dirige á contemplar el esplendor de las grandezas morales y á gozarse en ellas, atrae y cautiva

á nuestro poeta, dictándole versos muy honrosos para su numen y recto juicio, pero todavía más para los nobles sentimientos que abriga en el corazón. Conocedor de su tiempo y de la enfermedad moral que ahora lo contagia todo, enfermedad que produce donde quiera grandes catástrofes, augurándolas mayores,—si los que rigen la sociedad no se esfuerzan por restaurar la fé en el alma de los pueblos poniendo diques al torrente de las doctrinas deletéreas que los vician y corrompen,—duélese Catalina de la desastrosa ceguedad del hombre que por torcidos caminos

busca la ciencia, y la verdad no alcanza,

porque no es posible alcanzarla cuando se toma por luz de verdadera ciencia el engañoso y pasajero fulgor de deslumbrantes errores."

Y si el propio Sr. Cañete, de quien es parecer tan exacto y discreto, le hubiera de dar sobre las obras dramáticas del mismo autor, ¿quién duda sino, que le pondría en su punto de esta ó semejante manera?

"Cuando más se recreaba el estragado paladar de la multitud con los asquerosos manjares que donde quiera le ofrecía el género bufo, Catalina protestó en la escena contra tamaña degradación, arrojándose á luchar con la corriente del mal gusto. Ejemplo hermoso de valor y de conciencia artística, su primer ensayo dramático le proporcionó el triunfo más lisonjero; y aquellos mismos que entonces parecían fascinados por las repugnantes caricaturas de *La Gran Duquesa*, se sintieron como vencidos ante los puros y delicados amores del gran cantor de *La Jerusalén Libertada*. Ni fué menos gloriosa victoria la que obtuvo con *Luchas de Amor*, donde en fábula muy bien trazada descubre por alta manera

que en el alma hay libertad
para luchar y vencer,
si quiere la voluntad.

"Mas aunque sólo hubiese escrito el drama lleno de interés y de sana filosofía moral que intitula *No hay buen fin por mal camino,* aplaudidísimo en todas sus representaciones, merecería Catalina figurar entre los mejores dramáticos de nuestros días. ¡Qué sabor tan castizo y tan en la buena tradición española el de este singular poema escénico! En él se unen la discreción y el arrojo á la originalidad de la inventiva, y se pintan caracteres y pasiones, no ya como los sueña la imaginación extraviada, sino con el fuego y colorido de la verdad, y en sabroso estilo esmaltado de profundas sentencias ó de felices rasgos poéticos adecuados á la índole y situación de los personajes."

El vivo y sincero amor á toda clase de buenas letras que avalora y realza al Académico electo, le ha llevado en más de una ocasión á recorrer otros dominios que los de la dramática y lírica, también floridos y gloriosos. Y las monografías que publicó, ya describiendo y apreciando las *Urnas cinerarias* de nuestro Museo Arqueológico Nacional, ya examinando *La pintura en la Edad Media*, extasiado ante una tabla del Beato Angélico, modelos preciosos ambos de bien encaminadas investigaciones, de buen gusto y peregrino arte, hallan siempre en varones doctos ingenuas y merecidas alabanzas.

Nuestro elegido viene además á ocupar el sillón vacante, como por derecho hereditario, renovando en nuestro libro de oro un nombre que así fue prenda de sólido y profundo saber, como de prudencia y discreción extremadas. Y al mostrarse, como acabáis de ver,

tan agradecido á la memoria de su ilustre pariente y antecesor en estos codiciados honores, nos da la medida de cuánto debemos esperar de sus bien nacidos pensamientos. La nobleza de corazón es el mayor realce del hombre. ¿Quién más desdichado y aborrecible que el que no sabe ni agradecer ni amar? Infeliz, porque no ama ni puede amar, llamó la santa y prodigiosa doctora de Ávila al demonio. ¿Qué se ha de esperar de quien no ama sino á sí mismo, de quien se imagina que todo se lo debe á sí propio, del ingrato, semejante á las arenas de la Libia, que tragan codiciosas las aguas del cielo sin ornarse jamás de flores y verdura?

Bien venido sea, pues, quien dichoso atesora dotes de ingenio y de corazón excelentes, y quien ha de prestarnos auxilio verdadero con los sazonados frutos de su entendimiento é instrucción y con las prendas valiosas de su carácter.

En testimonio de ello, acaba de elegir por materia de su discurso "la moral en los dramas de Calderón." ¡Calderón: el mayor de nuestros dramáticos antiguos en la cumbre del arte español; entendimiento gigante, apacentado en abismos luminosos de Teología, poéticos y profundísimos; espejo fiel de las creencias y sentimientos de la nación española, exaltados, idealizados y transfigurados por su poderosa fantasía! Poetas como Calderón de la Barca, son los hijos predilectos, al par que los bienhechores de una raza, á la cual pagan con usura lo que de ella recibieron. Y en tales incomparables ingenios se condensa toda la fuerza y energía de un siglo y de una civilización. En sus escritos vive perenne la flor más fragante y pura del sentimiento nacional. Parecen hombres de sólo un cuerpo y muchas almas, como de Shakespeare se ha dicho. No se

absorben en la estéril y egoista contemplación de sus propios afectos y dolores, sino que salen de sí mismos y dan voz y forma á la idea y á la pasión que yace indefinida y latente en el alma de las muchedumbres, en el corazón de su siglo. ¿Dónde corona más gloriosa que la de poeta nacional, épico ó dramático? Perder y olvidar la propia fisonomía; bañarse, por decirlo así, en la corriente de la vida universal; expresar por alta manera lo que todos sienten y piensan de un modo vago y confuso; dirigir á nobles fines el inquieto ardor é impremeditado arrojo de la multitud, refrenando en ella los instintos feroces y desarrollando los más hazañosos y bellos,—es ser más que gran poeta, es rivalizar con los autores de las epopeyas primitivas, con los primeros fundadores y civilizadores de los pueblos.

¿Quién agotará las alabanzas de Calderón? Repetidas veces se han prodigado en este sitio por doctos compañeros. Cuál, apreciándole y considerándole poeta simbólico, que en sus *Autos Sacramentales* expuso con tanta riqueza y prodigalidad de estilo como profundidad teológica uno de los más altos misterios de la fe cristiana, el adorable y sacratísimo de la Eucaristía. Cuál hubo de extenderse en consideraciones generales, rápidas é ingeniosas, puesta la mira en el conjunto prodigioso de los escénicos poemas calderonianos. Y aun cabe estudiarle de otras muchas interesantes y diversas maneras: ya como poeta trágico y analizador singular de la fiera pasión de los celos, en *El Tetrarca de Jerusalén*, en *El Médico de su honra*, en *Á Secreto agravio secreta venganza*, y en *El Pintor de su deshonra*; ya como artista habilísimo en dar forma dramática y tangible á puras ideas y abstracciones de la mente; ya como sabio maestro del drama religioso; ya como pintor el más

ameno y fiel de las costumbres de su tiempo, en las comedias de capa y espada.

Tal, y tan grande, fecundo y vario es el estudio que acerca de Calderón puede hacerse; y á nadie habrá de causar extrañeza que lo sea constante y predilecto para doctos y sesudos críticos alemanes, desde Augusto Guillermo Schlégel, que admiraba en el poeta la encarnación y prototipo del arte católico, hasta Schack y Schmidt, que menudamente disecan y analizan su teatro. Causas entre sí muy diversas, y algunas, á no dudar, independientes del mérito real y positivo del gran dramático español, originan el férvido entusiasmo de los alemanes. Consiste la primera, en el amor de los críticos de aquella raza á las literaturas indígenas; y bien se sabe que Calderón y los poetas que le rodeaban en inferior puesto, eran españolísimos, sin deber nada, ó muy poco, á griegos, latinos é italianos. Estimo por segunda, el espíritu simbólico de los poemas calderonianos, y la destreza en cubrir con los velos del arte las más hondas y abstrusas nociones de Filosofía y de Teología. Quizá, en fin, debiéramos reputar como tercera, la falta de individualidad en los caracteres que se achaca, tal vez con hipérbole é injusticia, á Calderón; vociferándose que las más de sus figuras dramáticas, damas y caballeros enamorados y celosos, antes parecen tipos convencionales que personas de carne y hueso; de donde su teatro viene á resultar menos humano y más ideal que el de Shakespeare; y es notorio que los críticos alemanes han pecado en exceso de idealismo.

Nuestro compañero toma á su cargo alabar al Dramático por muy distinto rumbo. Le estudia como intérprete de las ideas morales de su tiempo, dominándolas casi siempre, y algunas veces dejándose subyugar

por ellas. Dichosamente, y fuera de las caidas y resabios anejos á la pobre condición humana, la moral del siglo de Calderón bien merecía inspirar á tan gran poeta.

España, libre del agareno, señora de Flandes, Milán, Nápoles y Sicilia, y teniendo por vasallo un Nuevo Mundo, se ve inesperadamente á riesgo de perder el talismán que le valió tanta grandeza. La crisis religiosa y política del siglo XVI se resolvió aquí de muy contrario modo que en el resto de Europa. Vuelve España en sí, pronto, y con sabia providencia y muy entera resolución comienza por acrisolar su fé; y en vez de seducir astuta y de hacer esclavo al pueblo con mentidas palabras de reforma, ilustración, ciencia y libertad, lo ilustra y lo regenera y lo engrandece con obras; y el tosco labrador, el humilde oficial y el simple soldado, enriquecidos con la palabra divina, oida á todas horas y en toda parte, y engalanados con el manto de la pureza, de la modestia y de la caridad, llegan á ser dueños y señores de sí mismos, no vil é inconsciente rebaño de siervos, á entrar con llave de oro en el alcázar de la verdad, á igualarse con los sabios y á formar con ellos un solo corazón y un solo pensamiento.

Pues de este gran pueblo de ciudadanos y teólogos, de esta verdadera y santa democracia que tenía puesta su alma en Aquel que es la verdad, el camino y la vida, Calderón fué el poeta. Para él escribió; como él pensaba y sentía, y le habló en su mismo lenguaje. Aquel pueblo tenía cultura amplia, variada y de sólido fundamento; y por ello fué realmente libre. Todos los pormenores históricos, y apotegmas y rasgos del Antiguo y Nuevo Testamento, así como todos los principios y reglas de sana y bienhechora Filosofía, eran familiares á nuestro pueblo español de los siglos de oro; y

lleno de esperanza, de caridad y de fe, se arrobaba y embebecía en los salvadores misterios de la reina y emperatriz de las ciencias. Aquel pueblo adoraba y buscaba á Dios sobre todas las cosas, y no esperaba á tenerlas todas bajo su mano para amarle.

Recordad los *Autos Sacramentales* de Calderón; imaginaos que los veis representar á la luz del día en calles, plazas y encrucijadas, sobre teatros armados en carros inmensos y poderosos, que por mañana y tarde se trasladan á sitios diferentes; reparad en aquellos grandílocuos versos, en aquellas atrevidas imágenes, en aquellos símbolos y figuras, arcanidades y alusiones y revelaciones teológicas, y decidme si el pueblo que se agolpaba en derredor, anheloso de oir callando, y aprender y levantarse del polvo y del cieno, era un pueblo de esclavos, de imbéciles y de idiotas. ¡Cuántos sabios de otras edades se trocarían por el más roto y andrajoso de aquella sabia plebe! ¡Cuántos se reconocerían ignorantes comparados con ella!

Aquel pueblo, y no podía ser otra cosa, después que á Dios, ama de todo corazón á la patria, y se goza en sus hechos gloriosísimos presentes y pasados. No recibe secreto y pérfido sueldo de los irreconciliables enemigos de España, sino que los vence y humilla á las márgenes del Escalda, del Somma y del Ofanto. Corre á morir por solo su Dios y por su patria, y jamás aventura neciamente la vida. Cae mordido por traidoras serpientes en los virginales bosques de América; y antes de cerrar para siempre los ojos, alza en su diestra la cruz que le llevó á ganar almas para el cielo en tan apartadas regiones, envía un suspiro de amor á la dulce y amada patria, y siente con gozo que se desatan los lazos de la vida y que en verdadero triun-

fo sube el alma al cerco de las estrellas inmortales.

¡Qué héroes aquellos! ¿En qué se parecen á los ruidosos y vanos ídolos que forja la interesable y envenenadora ambición, envueltos en pestífero incienso de bajeza, en pedrisco y lluvia de huecas palabras, de ofertas bizarras y magníficas que no se han de cumplir jamás, y para lo bueno, generoso y fecundo, semejantes á un navío pintado, hinchadas todas las velas, pero que no se mueve? Entonces y no para aquellos españoles, nació el refrán de *Palabras sin obras, vihuela sin cuerdas.*

Otro tercer elemento de vida, á más de los dos primeros y principales de la fé y del patriotismo, engrandeció á los españoles del tiempo de Cervantes, Lope y Calderón de la Barca: el honor, que en ellos vino á tener condiciones y virtud de segunda naturaleza. El respeto y consideración á la mujer, el buen nombre y estimación de la madre, del marido, de los hijos, de la familia; el cumplimiento de la palabra empeñada; el sacrificio, la hidalguía y la generosidad, todo ello servía de regulador al comportamiento del hombre bien nacido, aun cuando, muchas veces, el culto idolátrico del honor le hiciese atropellar por todo.

El amor al rey templábase por el inviolado principio de honra y dignidad personal, que infundía valor y entereza á un personaje de Calderón para exclamar, en versos que nos ha recordado el Sr. Catalina, pero que nunca ha de poner en olvido quien sienta latir un corazón hidalgo:

Al rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.

¡El honor! después del fervor religioso y del patriotismo, la idea que más hondas y más vigorosas raíces echó en nuestros antiguos españoles.

No dejaré yo de reconocer que entonces y ahora y siempre, sin género de duda, el hombre en particular y algunas clases sociales, eran, son y seguirán siendo el mismo y las mismas: conjunto miserable de enconadas pasiones, de soberbia, codicia, envidia, ambición y vileza. Pero el pueblo, la nación española, merced al culto sincero y ferviente del honor y del decoro, no fué una nación de facinerosos y desalmados. Podrán los favoritos de los príncipes dilapidar el tesoro público para enriquecerse; podrán atropellar por la vida y la honra; pero D. Rodrigo Calderón perderá por ello la cabeza en afrentoso patíbulo, y D. Gaspar de Guzmán morirá de aburrimiento y despecho, desterrado, solitario y aborrecido. No hubo entonces glorificación ni fama póstuma sino para los sabios y santos y caritativos y humildes, para los grandes maestros de la vida cristiana y para los portentos del divino amor, para los Ignacios, Tomases de Villanueva, Teresas y Juanes de la Cruz: nadie á sabiendas se atrevió á llamar bueno á lo malo, ni malo á lo bueno; el vicio no usurpó sus fueros á la virtud; y en los potentados de la tierra supo negociar tanto el temor como el castigo. Bien le padecieron los que ambicionan el mando y han menester buscar amigos y consentirles mucho, pues á muy doloroso precio se suelen comprar tales menesteres; bien sintieron en cabeza propia la eficacia del proverbio de que *En fucia del Conde no mates al hombre*; y bien sabían todos que ningún delito ni crimen había de quedar impune. Y se llegaron á formar buenas y ejemplares costumbres públicas, porque, respetada la autoridad real, hubo un

príncipe que entregó su tesoro á los más leales, sus armas á los más valientes y pundonorosos, la justicia á los más enteros, la censura pública á los más celosos, el trabajo á los más aptos y fuertes, las prelacías á los más devotos y caritativos, y el gobierno á los más sabios y virtuosos. ¡Felices los tiempos en que se escriban, no mercedes y prodigalidades de reyes, sino incomparables servicios de vasallos! ¡Imperio dichoso aquel donde reinaron la prudencia y la justicia; donde á insignes merecimientos no se sobrepuso jamás la desvergüenza y audacia de los ignorantes, engendradora siempre de los mayores infortunios; donde nadie hizo alto, ni en la necia presunción de los que creen saberlo y poderlo todo y se engañan, ni en los arbitristas políticos, más satisfechos de sí que de su ciencia, los cuales en muchas cosas no saben nada, y en las pocas que saben yerran mucho! "¡Pueblo mísero, decia Platón, aquel donde lo falso vence á lo verdadero; donde no halla dique el perniciosísimo ingenio de los ambiciosos; donde la libertad, demasiada y mal regida, se trueca en insoportable servidumbre!" "Todos hacen lo que el poderoso quiere que se haga, añade Aristóteles;" y la experiencia desgraciadamente lo acredita: porque, con efecto, la lluvia, ó destructora ó vivificadora, desciende de lo alto.

Amamantados nuestros príncipes y repúblicos de los siglos de oro en las máximas de la eterna sabiduría, y también de la humana, prodigada en obras inmortales por soberanos entendimientos, y gozándose en oir á los viejos que nos enseñan nuestra vida futura, todos, grandes y pequeños, competían por sobresalir en la virtud del ánimo, en la elevación del pensamiento, en la hermosura de la palabra.

De ahí el afán de Calderón y de los que merecían señalados favores á las Musas del Teatro, por hacer muy discretos á los personajes de sus comedias y poner en sus labios sentencias las más bien formuladas, rasgos de ingenio los más felices, maravillosa delicadeza y ternura, raudales en fin de experiencia y sabiduría.

Todo iba encaminado á realzar al hombre, á empeñarle en estimar su propia dignidad y en parecer mejor de lo que es realmente, por lo mezquino y flaco de su naturaleza; y todo ello, para sacar luego la consecuencia fecunda y regeneradora, de que tal debe el hombre ser como quiere parecer.

La fé, el patriotismo, el honor alimentan y vigorizan nuestro antiguo teatro, haciendo amables las heroicas virtudes, encarnadas en seres humanos, llenas de hechicero movimiento; sin dejar, como los griegos en sus tragedias, á cuidado del Coro el frío consejo, el elogio innecesario, la exclamación estéril, la impertinente plegaria.

Siendo tan moralizadora y deleitosa la filosofía del antiguo teatro español; hiriendo inmediatamente y fijándose en la imaginación y en la memoria del auditorio las máximas de enseñanza y advertencia, por la hermosura del concepto y por la perfección y encanto de la forma,—los grandes y próceres no tuvieron insensato valor para achicarse ante la multitud familiarizándose públicamente con pícaros y rufianes y aprendiendo y usando lenguaje de tabernas. Los virreyes salían para su gobierno realzados con la espléndida fama de que llevaban consigo por secretarios y familiares á los más insignes escritores y poetas; y ningún magnate dejó de atraer á sí, por consejeros camaradas y amigos, á hombres de peregrina donosura y gala en el sentir y el

expresar, valiéndose de ellos aun para redactar las más íntimas y secretas epístolas, ansiando mostrarse á los ojos de las mujeres y de la sociedad culta como dueños y señores prepotentes de la lengua y estilo de los dioses. Para sorprender las flaquezas y vicios privados, en aquella sociedad escogida, es menester arrancar su secreto á los más particulares y ocultos archivos; porque fué tanta la adoración que aquella edad rindió á los destellos hermosísimos del ingenio y del galano escribir, que se le abatieron y rindieron las fuerzas, cuando quiso romper cartas que algún día ante el severo juicio de la posteridad habían de presentar á ciertos magnates, muy otros de lo que ellos quisieron parecer á sus contemporáneos. Pero, ¿cómo despedazar papel donde puso la mano ó probó la pluma Lope de Vega Carpio, á quien llamó Cervantes con razón *monstruo de la naturaleza*; y el cual tuvo complacencia en decir: "Yo nunca me sonrojaría por ignorar las primeras lenguas de Europa, y se me encendería de vergüenza el rostro, si no hablase y escribiese con ultimada perfección mi natal lengua castellana"?

Decidido empeño fué, pues, el de nuestros dramáticos, en herir el amor propio de las clases elevadas, ofreciéndoles en toda parte ejemplos de lo que debían ser, y del religioso culto que tenían obligación de rendir al honor, como hidalgos y caballeros y puestos por la Providencia para espejo y luz de los menores. El mismo tremendo castigo del adulterio, que Calderón, llevando al teatro verdaderas historias, presentó en *El Médico de su honra* y en *Á Secreto agravio*, evidencia con su draconiana severidad el imperio de la ley ética, y la fuerza del espíritu patriarcal dominante en la familia española, que hacía ser rarísimas las infracciones

contra la castidad en damas de acrisolada nobleza.

Deja Calderón para gente menuda y valadí el sambenito de los vicios que surgen de la fatuidad, necedad é ignorancia. Sólo en piezas entremesiles, como en *El Dragoncillo* por ejemplo, se atreve á sacar verdadero entre burlas y veras el refrán de *Cornudo y apaleado*, cual ya Timoneda lo había hecho en su *Comedia Cornelia*. Cervantes, Lope, Quevedo, Alarcón, Tirso, Rojas y Moreto reservaron el escándalo de la prostitución, de la estafa y del robo organizado científica y artísticamente, para hombres raheces y despreciables; y los altos pensamientos, las memorables hazañas y el carácter firme y seguro, para los príncipes, caballeros é hidalgos, para el pueblo sencillo, para los honrados labradores. Ni más ni menos Calderón de la Barca, desde *El Príncipe Constante*, invicto mártir de la fé y gloria del reino lusitano; desde el Don Carlos de *No siempre lo peor es cierto*, tan heroico, generoso y desinteresado en su amor, hasta *El Alcalde de Zalamea*, en quien á maravilla se confunden y hacen una misma cosa la venganza de la propia ofensa y el más elevado sentimiento de la justicia. Y esta elevación y grandeza moral de nuestro teatro se origina y proviene de que en aquella edad, como he dicho, todos ambicionaban mostrarse al público mejores de lo que eran en secreto. Así pues, cuando la sátira,

que á grandes premios y á desgracias guía,

los desarrebozó alguna vez y los arrojó á la vergüenza y menosprecio de las gentes, no se detuvieron en arrebatar vida por honra. Precisamente, *Vida por honra* intituló nuestro inolvidable Hartzenbusch su drama bellísimo en que pintó el desastroso fin del Conde de Villa-

mediana. Por el contrario, menguados y perdidos ya el propio valer y la estimación de la honra, entronizada la bárbara ceguedad y tiranía furiosa de los que nada ni en nada creen, y se desatinan por no dejar que los demás crean,—la caricatura y la sátira modernas, hechas pasatiempo y moneda corriente, desautorizan y envilecen á los grandes, y ni levantan ni sosiegan á los pequeños.

La sátira de Cervantes en *Rinconete y Cortadillo*, y de Quevedo en *El Buscón llamado Don Pablos*, iba derecha y aguzada al corazón del vicio, y no á la honra del vicioso. Ahora se hunden y pisotean en el cieno y se arrastran por el lodo personas y no vicios. ¿No está la ventaja de parte de la sátira antigua? ¡Cuán alto y severo modo de contemplar la vida humana, el que en nuestros dramáticos y novelistas resplandece! ¿Quién no se goza en la santa aureola de virtud, de resignación, de inocencia, de alegría y de segura esperanza, que ostentan la Gitanilla y la Ilustre Fregona de Cervantes, dignas de verse, como se llegan á ver á deshora, en próspero estado á un voltear la rueda de la fortuna?

El Sr. Catalina demuestra bien, en su elegante discurso, que sólo conquista los immarcesibles y eternos laureles del arte quien, como Calderón, realza al hombre sobre el humilde barro, y enciende á la multitud en el amor de lo santo, de lo grande y bello. El ejemplo del Sr. Catalina, formando uno que pudiéramos llamar diccionario de la moral de los dramas calderonianos, debiera ser imitado respecto de los de Lope, Alarcón, Tirso, Rojas, Moreto y otros muy apreciables ingenios de nuestros siglos de oro; ensanchando este diccionario con las regocijadas facecias, rasgos y lindísimas frases que avaloran el antiguo teatro español,

para común enseñanza y deleite, auxilio y utilidad de los amantes del verdadero saber, y para estudio fecundo y constante de la índole, condiciones y bellezas de nuestra hermosa lengua castellana.

Señores, no debo por más tiempo abusar de vuestra indulgencia, ni retardar al nuevo compañero el placer de recibir la medalla ganada legítimamente. Posesiónese ya del sillón que largos y felices años ilustró el Sr. D. Alejandro Oliván, prodigio de laboriosidad incansable, de afabilidad é indulgencia, de ánimo apacible y generoso, quien tiene igual amor al estudio y parecidas condiciones de carácter.

Las dotes y prendas académicas del elegido, el mayor lucimiento de la corporación en tan solemne acto, y el nombre glorioso de Calderón de la Barca demandaban para el encargo que cumplo, no el estéril y mal cultivado ingenio mío, no mi pobre imaginación aterida por la nieve de las canas, sino el acento sonoroso, la gala, donaire y amenidad de los que sois maestros del bien decir y del juzgar soberanamente. Al llevar hoy vuestra voz en este sitio, al saludar con efusión en vuestro nombre al Sr. D. Mariano Catalina, y al rendir aplauso entusiasta al autor inmortal de *La Vida es Sueño* y de *El Mágico Prodigioso* había menester yo que me prestarais un solo rayo de la luz que os circunda. Pero, reconociendo mi pequeñez y vuestra suma consideración para conmigo, he de poner fin á este discurso haciendo mías las palabras del antiguo poeta:

Quien quiera mi entendimiento,
Búsquele en mi voluntad.